



Adelina Esteban  
Rubén Sánchez López  
Elisa Romero  
Manuel Quiroga Clérigo  
Margalit Matitiahu  
José Pivin  
Jesús Pino  
Ángel del Valle Nieto  
Julia Pontes  
Jorge Berenguer Martín  
María Antonia Ricas  
Jesús Rubio  
Eduardo García Agustín  
Virginia A. Lobos  
Paco Morata  
Lola López Díaz  
Ángela Serna  
Álvaro Cortijo Pérez  
M<sup>ra</sup> Magdalena Castaños  
Francisco del Puerto  
Joaquín Copeiro  
Miguel Ángel Curiel  
Amparo Ruiz Luján  
Juan Carlos Pantoja  
Ana Isabel Rodríguez

*Ilustraciones:*  
Ana Quirós, J. García, Herreros

# HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 18. Toledo. 2000  
Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y  
Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino  
María Antonia Ricas  
Joaquín Copeiro  
Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz





**HERMES**



**OTOÑO**  
**REVISTA ARTESANAL. TOLEDO 2000**



---

## ADELINA ESTEBAN

FOTOGRAFÍAS DE LA ROYAL GEOGRAPHICAL SOCIETY  
(III)

**Fotografía de una familia tibetana con sus trajes tradicionales. 1921.**

Los secretos que nunca contaremos se sientan  
a comer pastelillos que madre ha cocinado  
esta mañana.

Después nos comeremos sus cabezas adúlteras,  
sus pies de tedio dulce. Hay una intimidad  
casi caníbal.

**Un grupo de viajeros victorianos observa el paisaje desde el Pilgrim's Rest, a los pies de la pagoda de Sche-wedagon, cerca de Rangún. Fotografía de 1900.**

Palmeral del tapiz de la distancia  
con una muselina de sonido  
consolador.

Contemplasteis esbeltas  
maneras de sentir las estaciones  
que recorre una delicada muerte  
impetuosa.

Contemplasteis costumbres,  
rencores igual que un collar guardado  
como la única herencia que distingue  
la verticalidad de mariposas  
muertas porque lo amaron todo aprisa.

La distancia desdibuja gusanos  
o miserables seres cenicientos.

Te ataviabas de blanco casi en ángel  
y vosotros declamabais poemas.

**El sherpa Tenzing Norgay, a las 11,30 de la mañana  
del día 29 de mayo de 1953.**

¿Para qué sirvieron las intenciones  
de la envidia?

¿Para qué sirvieron las madrugadas  
que intrigaban con las aceras pasos  
donde caer y lastimar columnas  
vertebrales? ¿Y ese resentimiento,  
ese pensar: *tú te mereces parte  
del festín?*

Ya queda atrás, ahora, la aflicción,  
si el esfuerzo consigue lo inservible:  
un verso de la diosa del oxígeno,

briznas de un sacro aliento disponiéndose  
a hablar.

*Puerto Rico, marzo de 2000*



*J. Garcia*

**RUBÉN SÁNCHEZ LÓPEZ**

## VÍNCULO

Desde un océano de escarchas opresoras  
con olor a besos disecados,  
desde un agua difunta sola,  
desde el dobléz de una hoja arrepentida  
y a través del intersticio de la sangre  
entre sus gotas,  
a través del ademán de espuma que el suspiro deja,  
vienes, pausa o marea, íntegra del aire,  
como un pálpito de estrella mal luciente.  
Llegas tú no siempre, sino aroma de los ecos,  
conjetura de la mar sin ola,  
con dominios de la sal del cielo,  
con un cúmulo de perlas contra el pecho  
llegas...

Me sabes en tan poco, en tanta resaca diminuta,  
en tal repliegue de agua en rosa,  
a polvo de agua esquivada al menos,  
a plenitud de onda apenas hecha.  
En tan poco, sí, me sabes... que tu presencia  
es una sonrisa de guitarras corales sin latencia,  
un golpe de arena que apuñala al viento,  
tan calladamente en ola, tan soluble en su tañido...

Y un reloj de pleamar resbala sus horas en nácar,  
casi eclipse de un metal reciente que no suena,  
pero siempre en nácar, siempre vórtice...

Resultas de una sal conjunta entre los labios,  
de una curva que la sal arroja y acumula  
en la cuna de los párpados meciendo.  
Llegas, tú no..., tú mueres en ti,  
presa de tu celo en otro,  
lo que dura un pulso de las aguas, una fusión breve;  
ella no, ella nace del silencio en manantiales,  
de una boca perpetuándose sin beso,  
siempre eterna, siempre en gotas,  
perpetuamente tú, unidos desde lejos,  
en un vals de espadas.

**Tú lo sabes, íntimo destello de campana,**  
tú, fulgencia última arrojada en una espada.  
Sabes que una pluma reposada hierve,  
que cabalgo en el latido de un relámpago en mi labio,  
sabes que una voz de sangre lenta me limita...

Convulsiones de ascuas húmedas de besos,  
y un espeso hilo de medusa inquieta,  
se conjuran en mi boca ardiendo lengua,  
ardiendo en lágrima de alcoholes rancios,  
en devastadas longitudes de escama,  
como una serpe largamente desnuda.

Lo sabes, y tu voz amordazada en el basalto,  
voz disuelta en manantial de esquivas efusiones,  
limpidez de espina amenazante,  
difunde su sonido ahorcado entre tus dientes.  
Lo sabes, y te asumes en un puro soplo,  
puro vuelo, pura espiga, un embate de corimbo  
sobre un pétalo dolido.  
Te sabes cedida al incensario de la seda,  
arteria en disonancia que en tu boca no palpita.

Durmiente, rosa de suplicio silenciada,  
parábola de estambre enmudecido que me abate,  
ven, dame muerte con un golpe de silencio,  
dame dientes, dame escarcha, dame sedas,  
que una flor de cúmulo sangrante arderá en mi vena.

Pero dame todo un cielo en su remanso,  
sólo leves consistencias de amapola,  
que un ángel despeñado colgará en mi lengua.

Pero márame, márame, clávame la lágrima sesgada  
que de tu ojo asoma.

---

A NUESTRA SOLEDAD

A ti llegamos ebrios de ceniza,  
como si un beso que no asiste,  
como si una rosa pública de invierno  
que es tragedia de perfumes y abandonos  
o un ave de fieltro con caducas alas.

A ti llegamos con herrumbres de cristal entre los labios  
y el vigor de una caricia en fuga sin su carne.  
Es entonces cuando un poso de nostalgia viva sobreviene:  
son residuos de querencias desistidas,  
amargas germinaciones,  
estatutos de convulsa llama vestigial,  
y no hay más que una mejilla de jazmín incandescente  
con pavesas de dolor recién libado.

A veces esperamos presunciones de un acaso,  
de un tal vez desestimado,  
de un quizás dormido de distancias.

Es posible respirar la putredad diaria  
de cada hora caída,  
de cada decisión asesinada sin origen  
que en la pura soledad se nos promete.

A ti llegamos entre cunas de fatiga,  
entre rastros de adioses prematuros

y presencias de añoranza sin suceso.  
A ti el dolor con brusquedad de llanto,  
a ti el designio de la sangre sola,  
la voluble indecisión de una caricia hueca,  
que sin mano gesticula y toca,  
que sin mano circula y gasta piel de ausencia.

A ti llegamos,  
a ti,  
a ti llegamos a nosotros sin sabernos ser de nadie.



Ana Quirós

---

**ELISA ROMERO****d**esde lo **O**tro

*("Tú y tu desnudo sueño. No lo sabes...")*

*Gerardo Diego*

**d**esesperadamente te abrazo entre mis párpados, y se me enciende un arroyo de lava en la retina.

Tú no lo sabes

**d**esesperadamente te cubro de mañanas, y me hierve un enjambre de lunas en las manos.

Pero tú no lo sabes

**d**esesperadamente te colmo los sentidos, y una turba de alas desaladas bebe caldo de corales en mi vientre.

Y tú no lo sabes

**c**omo lengua de mosto llego a ti por tus venas desesperadamente, y suprimo mi flujo y me fundo en tu sangre.

No lo sabes

**c**omo lengua de viento llego a ti por el aire desesperadamente, y suprimo mi aliento y me fundo en tu vaho.

No, no lo sabes

**c**omo lengua de humo llego a ti por tu sueño sosegadamente; como lengua de agua me remanso en tu pecho.

Y me duermo en su eco

sin que lo sepas.

**R**ota vasija,

que a  
 b r n o o  
 r o z r z s  
 a ñ a t de  
 d a en a  
 a de g  
 u  
 a,

suspira las caricias  
 de su alfarero

**g**otas de barro

c  
 i n e  
 n a l  
 c l q  
 e u  
 e  
 b  
 r  
 a  
 n  
 t  
 o d  
 e  
 s  
 u  
 c  
 i  
 n  
 t  
 u  
 r  
 a



*Ana Quirós*

**MANUEL QUIROGA CLÉRIGO**

## M O S C Ú

Hoy recorro Moscú con lluvia en la mirada  
esperando el retorno de túneles de orquídeas,  
recordando fragmentos de mil pieles cautivas,  
dibujando impaciente tu figura de parque,  
recordando los nidos de palomas cansadas,  
invocando nostalgias para tu voz de perla,  
orientando mis lutos hacia todas las lunas,  
llenando de intemperie tu ausencia de volcán.  
Amanece sin ti en las sendas de azufre,  
aquellas que esperaban el licor de tu música  
en las penumbras quietas, oscuras, olvidadas.  
Abandono Moscú con tu perfume roto,  
con aromas de otoño impregnados de ausencia,  
acariciando triste un horizonte inquieto,  
como esas mariposas muriendo en los espejos.  
Ya regreso a mi exilio de abeja intencionada  
mientras guardo muy dentro un expreso dolor  
proclamando en silencio amarguras y ocaso.  
Me esperan los cuarteles de la sed y el invierno,  
las tardes silenciosas sin tu aliento de alondra  
los minutos desérticos impregnados de adiós,  
el refugio secreto de las almenas quietas,  
el rincón en que acaso aún respire tu olor.

*Moscú 14.9.99.*

**Desde que el aire al aire llama amigo**

el hombre es sólo lobo para el hombre.  
Por eso nada queda que me asombre  
y sé que cualquier otro es mi enemigo.

No busques solución a tus lamentos  
porque tu soledad es solo tuya.  
Invéntate un silencio, ese que intuya  
alguna libertad a tus momentos.

Cualquier simple mañana verás algo  
que dificulte la razón concreta  
ante esa libertad poco discreta.

Sólo así serás tú, algo cercano  
pudiendo preguntar «qué soy, qué valgo»  
y apresando el afecto de un hermano.

(1974)

**MARGALIT MATITIAHU**

## LA MEMORIA

Una mano de ezito Espando a la memoria  
Atando en eya siete kavaios feridos  
ke van saltando entre la tinievla i la luz.

El tiempo kita su luenga kontra mi  
Se debate i desaparese.

Komo una vela se espande estonses la memoria,  
I yo me enkolgo en eya sin darme a sever  
donde yeva la diriksion de su futuro koriente.

Subito en las linias del aver se enterope el oxígeno.

El laboratorio de mi puerpo va teshendo una resha  
Por mantener a la memoria  
En el momento de la kaida.

*Kirón (Israel)*

---

## JOSE PIVIN

### LA VOZ DEL PUEBLO

La voz del pueblo me llama.  
La voz del pueblo me agita.  
La voz del pueblo me inquieta.  
La voz del pueblo que grita.

Y viva la voz del pueblo, compadre.  
La voz del pueblo que clama.  
La voz del pueblo que suena.  
La voz del pueblo serena.  
La voz del pueblo que agita.

Seremos todos compadres

Seremos todos hermanos.  
Seremos todos tocayos.

Hermano del hombre que llama.  
Hermano del pueblo que gime.  
Pastor de praderas verdes.  
Hermanos de la esperanza.

Y venga el pueblo a esta casa.  
Y vaya el pueblo a la suya  
Y sepa tener coraje  
aunque las velas se apaguen.

Nunca le esquite a la lucha.  
Ni se le escape a la vida.  
Sólo defienda lo humano.  
Mano a mano con la muerte.

*HAIFA(ISRAEL)*  
7.11.91

## UN SORBETE DE LIMÓN

*por* **Jesús Pino**

*Las palabras de un verso son como las piezas dentales: fijas, inintercambiables y funcionalmente específicas (cortan, desgarran, trituran,...) ¡Meted un dedo y veréis! ¡Encantadoras pirañas!; en cambio, las hojas verdumbrías de la verbena «sissinghurst» ,sobre ser dentadas, son amables, condescendientes y educadas con los vagabundos y trotacaminos. La cuñada del primo de mi mujer, Teodora Sirena, ejerce, con osadía y voluntariedad, también con algo de imprudencia, las liberales artes de la prostitución por encargo; a través del móvil recibe, anota y puntualiza el lugar, la fecha y las circunstancias, siguiéndose un ajetreto complejo y meticuloso de preparativos físicos y mentales, pues no es igual, ¡dónde va a parar! una convención de industriales del frío que un congreso de teólogos benedictinos ¡No, hombre, por Dios; cada cosa es cada cosa, y hay que estar a tono con las situaciones! La improvisación, la componenda, la precipitación, termina siempre en chapuzas ordinarias, de muy mal gusto y desastrosas para la buena marcha de la profesión. Teodora Sirena, la cuñada del primo de mi mujer, entre un va y viene, regenta el quiosco de revistas y periódicos del jardín municipal.*

*-Teodora, amor, ¿recibiste el «Corazón, corazón»?*

- Sí, señor juez, y viene interesantísimo...
- ... y un paquetito de tabaco...
- Lo que usted me mande
- ...y unos caramelitos de menta...
- ...muy bien... ¿algo más?
- Nada más, alhaja. ¿Cierras el fin de semana?
- Sí señor. Tengo asunto en Casteldefells...
- Pues hala, a entonar las carnes a los catalanes.
- Se hará lo mejor que se pueda.

*La longitud de un verso es una cuestión de ganas y de compromiso. Los hay que se alargan mucho y los hay peligrosamente cortos. Los primeros pueden no acabar nunca y se leen con fatiga y desasosiego; los segundos propenden a la sospecha de autores vagos y zascandiles. La longitud de un verso es cuestión delicada y extremadamente resbaladiza que debe tratarse con paciencia, constancia y buena perspectiva. La verbena «imagination» luce el violeta de sus flores con la exacta y consecuente dimensión determinada por la naturaleza. La cuñada del primo de mi mujer, Teodora Sirena, es una puta como dios manda, una puta cumplidora, esmerada y muy profesional; hembra gozosa y placentera que sabe sonreír cuando la sonrisa sobrepasa los diccionarios del sentimiento. Teodora Sirena, en los lances de cama, es maternal, pantera o reptil, depende y según. Los hombres en las soledades del amor carnal exhiben furias, debilidades y venenos que portan en los macutos enmascarados de sus*

intimidades. Teodora Sirena ama a todos los hombres con igual misericordia, con idéntica estética y análogo humor. La cuñada del primo de mi mujer no siente asco ni por los enanos ni por los paralíticos, tan sólo (cada cual tiene sus desamores) con los seminaristas no se encaja a gusto; Teodora carece de razones concretas, aunque presiente un no sé qué de sacrilegio en la coyunda con los futuros servidores de la Iglesia; no obstante, ella cumple, pero con rapidez y efectividad técnica, descargándoles el peso de sus lujurias con un par de estrechamientos vaginales, cálidos y enjundiosos.

-Teodorita, ¿te ha llegado el fascículo de «Historias de la mujer encadenada»?

-Sí, señor maestro y créame que he llorado hasta la última viñeta.

-¡No me anticipe nada, por favor, por favor, por favor...!

-Ya lo comprobará usted...

-Ponme unas piruletas de fresa.

-¿Una docena?

-Vale, cariño. ¿Descansas este fin de semana?

-¡Huy, no! ¡Ya me gustaría! Tengo que ir a Motril a destensar una convención de relojeros.

-¡Vaya con Dios!

*Los versos son como las cicatrices de los campos: ni duelen ni se infectan. Los versos son inocuos para el organismo y algo somníferos para las almas. Pero los versos son peligrosísimos para los soñadores que transitan a ciegas*

por las llanuras de la vida. En cualquier momento pueden precipitarse en alguno y caer, caer, caer sin llegar jamás al fondo. La verbena «Tapien pink» arrastra con timidez sus tallos para gloria y honor de sus enracimadas y diminutas flores rosas. La cuñada del primo de mi mujer, Teodora Sirena, es una respetable trabajadora del sexo, autónoma y un poco tradicional. Teodora Sirena va a su aire y buen entendimiento del oficio. Esto no se aprende, se lleva en las pozas de la sangre y en la cadena misteriosa de la genealogía. Álvora Garuzo, madre de Teodora, profesó idéntica actividad y también su abuela Consentina Mayo y su bisabuela Tancreda López. La vocación es algo oscuro e indescifrable que empuja, ¡Dios sabrá cómo!, las espumas de la voluntad por caminos polvorientos o por salones de aséptica frescura. La vocación es, a lo mejor, una ventolera racheada que yergue su látigo de rumbos inesperados y extraños en las mesetas arenosas del sentimiento humano. A Teodora Sirena, la putez le alumbró las penumbras del instinto cuando abrió los ojos a las pudorosas serenidades de la vida. Una putez digna y seria, hidalga y saludable.

-Teodorita, dame un chicle sin azúcar

-Lo que usted me pida, don Fausto.

-¡Ay, Teodorita, no me tientes!

-Ande, ande, don Fausto que se le va el sol de mediodía.

*Los versos, la verbena y el lenocinio son, y cada cual que piense lo que quiera, tres virtudes que se respetan poco.*

## ÁNGEL DEL VALLE NIETO

### A LA VIRGEN DEL PRADO

**A**zucena entre Amores escondida,  
**V**isible, empero, a quien te busca y ora,  
**E**njoyas tu belleza indiscutida  
**M**ostrándola en la más perfecta Aurora:  
**A**quella en que por Ti, la Nueva Vida,  
**R**esalta entre sus luces, redentora.  
**Í**ntima y recoleta te encontrabas,  
**A** los ojos de Dios, su gracia hallabas.

**P**ureza de camelia no cortada.  
**U**ngüento para el daño del madero.  
**R**edoma de virtud inmaculada.  
**Í**ndice, luz, estrella del viajero.  
**S**eñora de mi vida y de mi nada,  
**I**lumina el amor con que te quiero.  
**M**ora por siempre en esta Talavera  
**A**ndariega hacia Ti, su primavera.

*Talavera, marzo 2000.*

*«El poeta es la sombra luminosa que marcha  
pretendiendo enlazar a los hombres con Dios».*

(Federico García Lorca)

## POETAS

Cuando se mueran,  
o cuando se hayan muerto,  
entregarán a Dios,  
o ya le habrán entregado,  
sus ramas de cántico y poesía.  
Y pondrá Dios,  
o ya habrá puesto,  
en el plato derecho de su Amor,  
todas las voces que ellos levantaron  
por su encargo y encomienda, sin callarlas.  
En el otro platillo, sus miserias humanas,  
consustanciales y fútiles.  
Mas el fiel se vencerá a la derecha  
y quedará triunfante la Poesía.  
Al fin y al cabo, la voz de los poetas  
¿no es, no se hace un tanto divina  
al elevarse por encima del resto de las voces?

¡Pero, ay del que guarde su voz  
y Dios no pueda ponerla en la balanza...!

¡QUE SUSTO!  
(postal de verano)

Por la tarde, ya tarde, con el sol a la espalda de Mojácar, vinieron al Parador mis hijos y mis nietos. A estos los tomé de la mano y los llevé hasta un loro que, tranquilamente, veía, como yo, empezar a oscurecerse al día.

Nos acercamos los tres a la jaula y observamos su plumaje de ricos verdes, metálicos azules y de bien dibujados amarillos que se disponían alrededor de su cuello formando un discreto y elegante collar. Los niños se acercaban cada vez más a la jaula, ya olvidados sus recelos iniciales y levantaban el tono de su voz, también más cada vez hasta que el loro perdió su tranquilidad y saltó, nervioso y visiblemente inquieto, al lado contrario de la jaula según la situación de mis nietos. «¡Qué susto!», gritó Pepe, el más pequeño, mientras retrocedía y se alejaba con evidente expresión de sobresalto. Pero enseguida se sonrió y, recuperando su casi constante gesto de incansable travesura, volvió a acercarse. El loro comenzó a saltar de un barrote de su jaula al otro y lo hizo diez, quince, veinte veces; pero mi nieto, ahora, al volver a decir «¡qué susto!» se sonreía y gritaba sin asustarse lo más mínimo, mientras que mi nieta, callada durante toda la escena, me susurró: «Quiero ir con mi mamá» y nos fuimos y nos llevamos el susto del loro a la jaula de la

anécdota.

Al finalizar la cena de ese mismo día, mi yerno y yo tomamos un helado, lo cual agradó sobremanera a mi nieto, pues debió comprobar que los mayores tomábamos el mismo postre que los niños y eso le hacía a él inequívocamente mayor, como nosotros. Se puso de pie en la silla que ocupaba, gesticuló y señaló al helado que tomaba su padre y, además, brincó al ver que su abuelo, su distante y poco deportivo abuelo, también lo tomaba. Y, claro, se cayó hacia atrás y se hizo daño, no todo el que correspondía a la magnitud de la caída indudablemente amortiguada por las eficacísimas y siempre desplegadas alas de su ángel de la guarda... Y se asustó y nos asustamos todos; tanto, que no dijimos nada. El niño dejó ahora su susto en la jaula amorosa de los brazos de su madre donde le picoteaba una boca llena de besos, de esos besos que sólo el corazón de una madre, más que su boca, sabe y puede dar.

Después se volvió a caer y es que mi nieto Pepe no es un niño, es un molino de viento sin molino: sólo con aspas, incansables aspas en movimiento perpetuo... como su madre, doy fe y, según dicen, como su padre.

Y, por fin, esta mañana durante el paseo, testigo he sido de un último y reseñable susto. La paloma, solitaria y gris, contemplaba el mar azul y sus olas de blanca dentadura mordedoras de la costa. Parecía absolutamente descuidada y tranquila. De pronto, ante mi extrañeza,

comenzó a volar rápida y nerviosamente hacia el interior: cuatro gaviotas, amenazantes y camorristas, se dirigían hacia el mar y, sencillamente, evitó el cruzarse con ellas. La paloma guardó su susto en las alas...

Tres sustos. A lo mejor el mar los recoge en sus rumores y se los cuenta, hechos palabras, a otros nietos y a otros loros y a otras palomas, en unas costas lejanas que ahora oculta su horizonte azul, azul, azul... O sedimenta entre sus arenas una jaula de simpatía, una jaula de ternura, una jaula de plumas...

*(Verano 2000).*

**JULIA PONTES**

## ¿TÚ TIENES CORAZÓN?

¿Tú tienes corazón?,  
me pregunta el robot.  
Sí, tengo corazón,  
le contesto yo.  
¿Tú lo tienes?,  
le pregunto a mi vez.  
No, no lo tengo,  
me contesta con acento de tristeza.  
¿Sabes para qué sirve el corazón?,  
pregunto al robot.  
No, no lo sé, me contesta.  
Yo te lo diré:  
para amar, para soñar, para rezar,  
para reír, para llorar  
y para sentir dolor.  
El robot escucha, suspira y me confiesa,  
aunque sólo fuera para llorar y sentir dolor  
quisiera tener corazón.

## DOS AMORES VI

En mis sueños dos amores vi,  
ambos fogosos, ambos ardientes,  
apasionados e irresistibles.

¿Amores fingidos o eran verdaderos?  
Ambos a dos, mis amores  
solícitos reclamaban caricias y besos.

Ambos a dos eran tan distintos,  
el uno arrogante, decidido,  
rompiendo el aire con su amor apasionado.  
No preguntaba, sólo conseguía  
sin dar tiempo a saber lo que me pedía.

El otro comedido, respetuoso, tímido,  
apenas hablaba, apenas pedía  
lo que en su pasión él sólo sentía.

Ambos a dos en sueños veía,  
ambos a dos hacia mí venían.  
De dudas mi alma llena,  
no se decidía.

Llegó la mañana. Decisión perdida.

---

**JORGE BERENGUER MARTÍN***Para Mercedes*

## MADRE PALABRA

## I

Por un momento la luz,  
y sumirse en una noche  
inundada de albas,  
y peregrinar por tu esteparia simiente  
hasta que me dieras la germinación  
desplanteda de tu letra y de tu hora.  
Por un momento la luz,  
y quedarse sin habla,  
y rebasar el precipicio del grito  
hasta tocar con mis palomas,  
deslumbradamente, la lluvia  
advenediza de la manzana primera.  
Por un momento aferrado  
a la sombra,  
y obtener el sello feraz  
que fulga las músicas  
escondidas en tu acallamiento.

## II

Pero ya no me alcanza la voz.  
No sé ni nombrar esta  
noche desplomada  
en mi rostro.  
Ya no sé escribir,  
si es que alguna vez su aliento  
infló mi velamen, polvoriento y espuma.  
Me hundo en tu diccionario cuerpo  
como si se diera la Tierra de Promisión,  
o lo que es lo mismo,  
tú aguzada hasta el silencio,  
encendida hasta la gota,  
el temblor, hasta un charco de lápices  
movido a resplandor  
que me permitiera pulsar las cuerdas  
vocales de la transparencia,  
semillas adivinadas  
para revelarte en el horizonte.

## III

Tenías en los ojos  
navíos que nunca  
llegarán a puerto,  
tenías un idioma

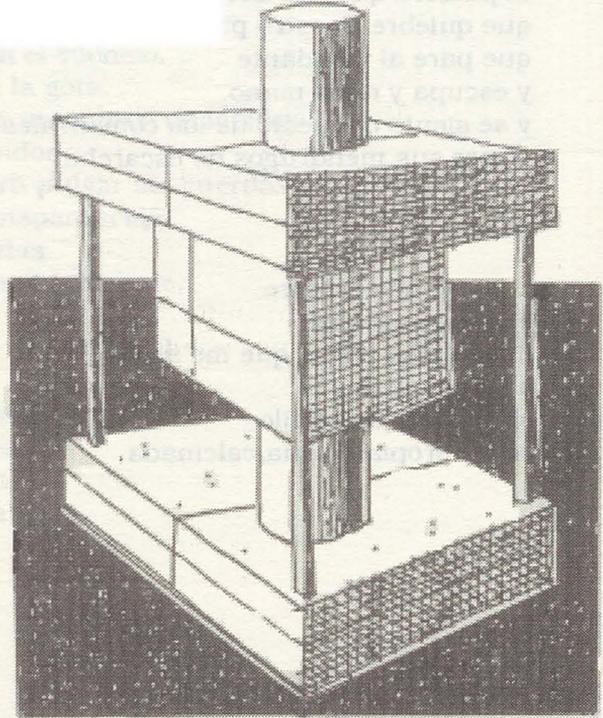
de auroras y ceniza,  
tenías unas manos  
de cascada tan agrietadas  
que en ellas esculpí la lluvia,  
tenías una piel  
de arrancadas sábanas a la tierra,  
tenías la esfera del mundo  
ceñida a la cintura,  
pero no tenías la palabra  
que el horror de los hombres engulla,  
la palabra que nos detenga,  
que quiebre nuestro paso,  
que pare al viandante  
y escupa y dé la mano,  
y se siente en medio de los comensales  
a roer sus mendrugos de escarcha.

## IV

Las espinas del aire  
contienen el jugo  
de lo dicho por lo que me agoto,  
así a él me doy  
sin saber que su filo  
es mi propia lengua calcinada.

## V

Escribir mi nombre  
en el viento,  
petrificarlo hasta el agua,  
cabrillar hasta la roca,  
remover mi cuerpo desquiciado  
hasta que el otoño,  
la mano entregada,  
expire mi madrugada última.



J. GARCÍA - 00

## MARIA ANTONIA RICAS

### Mitad de la semana

Cuando la noche de los miércoles  
remonta la altitud de la montaña semanal  
el vino se mezcla con mi sangre,  
la bondad de los días del esfuerzo ensancha sus caderas  
para avariciar el tiempo que me falta y no volver a escribir  
sino en la columna de un muchacho desnudo.

Cuando la noche de los miércoles  
contamina con su veneno  
el final del silencio en el viaje  
la montaña  
semanal  
ascendente  
se transforma en el valle donde Orfeo es asesinado  
por mujeres que repiten la profanación de la tristeza.

Perversa música,  
perversas llamadas solicitando un segundo de cariño...

Extraña noche de canto de sirenas,  
extraña noche  
segando la cabeza confiada del jueves,  
rechazando la respuesta a las oraciones  
y despreciando la mansedumbre de la monotonía.

## JESÚS RUBIO

### MARASMO: ANTOLOGÍA Y CANCIONES

*He decidido incluir en esta breve antología sólo a poetas de este siglo -o nacidos en el anterior- pero cuya vida y obra entronca en el siglo XX por una sola razón: la existencia de Historia y Antología Crítica de Marasmo (1200-1900) de Matías Montaner. La existencia de esta obra hace ocioso bucear más en el pasado. Y, además de ocioso, sería reiterativo, inútil y temerario. La única excepción es la de Pedro Ortega Valencia, no nacido en Marasmo, pero sí descubierto por obra y gracia de esta ciudad que amparó a este compilador desde su más tierna infancia, y que no aparece en la obra monumental de Montaner, a la que remito al interesado lector, por razones más que obvias: el manuscrito de Ortega fue descubierto hace solo dos años. Se incluye el romance de Francisquillo por motivos que más adelante se expondrán.*

### UN LUGAR EN LA RED

#### PUNTOCOM

Bajo tan evidente seudónimo se oculta -el verbo es más preciso de lo que pueda pensarse- un joven poeta de Marasmo, Carmelo Morales (1980) que, como podrá apreciarse a continuación, considera que la modernidad consiste en aplicar los nuevos formatos derivados de la red de redes al nigromántico mundo de la poesía. Los poemas -o lo que sean- aquí reproducidos pertenecen a su primer y hasta ahora único libro: un breve volumen titulado *Un lugar en la red*, que ha supuesto una convulsión en los círculos literarios de Marasmo. Lo de convulsión es literal. Aparece en nuestra antología porque sólo una cosa crispa más a este antólogo que la torpeza: el sectarismo. Juzguen ustedes, que son quienes deben hacerlo.

---

ALGUNAS DIRECCIONES DE INTERÉS

CLUB DE LOS ENVIDIOSOS

[www.\*\*siunoeligebienaquiseenvidialaenvidiaesel  
pasaportealaposteridad.es\*\*](http://www.siunoeligebienaquiseenvidialaenvidiaesel<br/>pasaportealaposteridad.es)

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

[www.\*\*lahistoriaeslamasputadelasartespuesesdamaso-  
metidaalasoberbiadelvencedoroalarevanchadelven-  
cido.com\*\*](http://www.lahistoriaeslamasputadelasartespuesesdamaso-<br/>metidaalasoberbiadelvencedoroalarevanchadelven-<br/>cido.com)

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

[www.\*\*estabienperocuidenesasintaxis.es\*\*](http://www.estabienperocuidenesasintaxis.es)

CÍRCULO DE AMIGOS DE (CUALQUIER) TIRANO

[www.\*\*eleselcondorelquedesdelasalturasodolovesabe  
quegritansabequelloransabequemuerenmascomo  
escondoryvuelatanaltonodistinguelosrostrosyportanto  
nopuedeserculpable.com\*\*](http://www.eleselcondorelquedesdelasalturasodolovesabe<br/>quegritansabequelloransabequemuerenmascomo<br/>escondoryvuelatanaltonodistinguelosrostrosyportanto<br/>nopuedeserculpable.com)

AGNÓSTICOS QUE SIGUEN BUSCANDO

[www.\*\*nocreemosnazarenoporquenoscuestacreerquelo  
merecieramos.es\*\*](http://www.nocreemosnazarenoporquenoscuestacreerquelo<br/>merecieramos.es)

SOCIEDAD MARÍTIMA

www.**todo**hombre**eshombre**demar.**com**

CLUB DE FANS DE GARDEL

www.**ustedes**bailen**porquees**lo**unico**que**queda**.**com**

CLUB DE LOS CORAZONES IRREDUCTIBLES

www.**durante**días**los**españoles**escucharon**las**cataratas**  
del**iguazu**aun**antes**de**descubrirlas**quiero**decir**que**te**  
quiero**aun**sin**conocerte**.**com**

ASOCIACIÓN NACIONAL DE MALTRATADORES

www.**see**equivocant**todos**no**es**odio**sin**o**miedo**.**es**

RELOJEROS SIN FRONTERAS

www. **este**sorbo**ya**es**pasado**y**el**futuro**esta**en**el**fondo**del**  
vaso**ese**evidente**que**lo**que**no**existe**es**el**presente.**es**

KALE BORROKA

www.**no**crean**que**es**facil**pintar**so**flama**sin**faltas**de**  
**ortografia**.**com**

CÍRCULO DE LA RAZÓN

www.**tambien**creemos**en**los**presagios**que**duermen**en**el**  
**fondo**delos**arroyos.es**

E-MAILS REPRODUCIDOS SIN PERMISO

De: Muñeca de Porcelana

A: Soldadito de Plomo

No es dignidad

sino miedo.

Y tu mirada no es muy profunda que digamos.

[Mensaje original]

De: Soldadito de Plomo

A: Muñeca de Porcelana

Todo está en la mirada

y tu mirada está vacía.

Acabaría con mi vida

si no tuviera

que mantener la dignidad

ante los ojos orgullosos

de mi dueño.

De: En Exceso Cansado

A: La Red Toda

Podría por caridad alguien

indicarme la dirección

del rincón del olvido?

De: Para Mi Desgracia nadie Me Alcanza  
A: Sigo En las Nubes  
Hoy parezco un cuadro de Matisse.  
De: Doctor De Los Vientos  
A: Cualquier Recoveco  
Todos los días asalto  
la agencia de viajes  
para conseguir mi dosis diaria de folletos.  
Después a solas en casa  
echo mis cuentas y trazo rutas:  
hoy, la Polinesia,  
mañana, las Seychelles.  
Sólo espero encontrar un azul día  
a alguien que se decida a acompañarme.

#### SALVAPANTALLAS

Algo añoro: los cielos olvidados con las prisas  
Como no me enfrento a tus ojos puedo decirte que te quiero  
Algún día descubriré el verdadero color de los colores  
Bajo el ardiente sol todo es más lejano  
No hay buscador para lo que estoy buscando  
la esperanza es una lluvia fina  
Busco un banco de alientos

Pero este experimento  
de óptica que se llama  
de la luz blanca  
es el más interesante  
de todos.

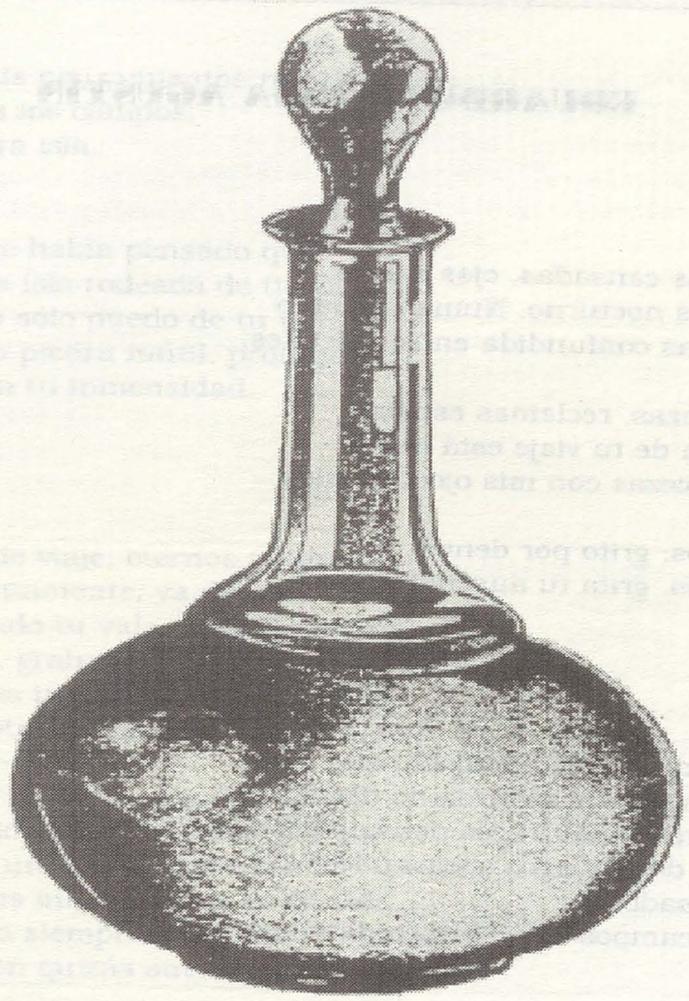
Siempre había pensado  
que la luz blanca era  
una mezcla de colores  
pero ahora sé que es  
una sola cosa.

Este experimento  
se llama de la luz  
blanca y se hace  
con un prisma  
de vidrio.

El prisma  
de vidrio  
se coloca  
sobre un  
papel blanco  
y se ilumina  
con un rayo  
de luz blanca.

Este experimento  
se llama de la luz  
blanca y se hace  
con un prisma  
de vidrio.  
El prisma  
de vidrio  
se coloca  
sobre un  
papel blanco  
y se ilumina  
con un rayo  
de luz blanca.

Este experimento  
se llama de la luz  
blanca y se hace  
con un prisma  
de vidrio.  
El prisma  
de vidrio  
se coloca  
sobre un  
papel blanco  
y se ilumina  
con un rayo  
de luz blanca.



J. GARCÍA

**EDUARDO GARCÍA AGUSTÍN**

## I

Caras cansadas, ojos tristes,  
lunes nocturno. Numen urbano  
entras confundida entre mortales.

Avanzas, reclamas espacio,  
el fin de tu viaje está cerca.  
Tropiezas con mis ojos, sonrías.

Adiós, grito por dentro.  
Adiós, grita tu ausencia.

## II

Siempre había pensado que  
era una isla rodeada de tierra,  
tierra de naufragos pensamientos,  
isla de labriegos socavando,  
cansados,  
los campos más yermos de mi ser.

Pero mis pensamientos no eran míos,  
ni míos los campos,  
ni yo era isla,  
sino tú.

Siempre había pensado que  
era una isla rodeada de tierra,  
cuando sólo puedo de tu mar  
ser una piedra inútil, profunda  
nada en tu inmensidad.

### III

Horas de viaje, eternos minutos  
que, lentamente, ya desaparecen  
acercando tu vida a esas memorias  
lejanas, grabadas en ti como fuego  
por risas infantiles, esas mismas  
que brotan como flor en días tristes.

Sientes al llegar retazos del aire  
que forjó invisible, tenaz, recuerdos  
alegres unos días, otros menos.  
Rincones impregnados de tu vida,  
tan tuya siempre y tan desconocida,  
esconden quizás sueños, quizás nada.

Eres de nuevo tú en el mismo lugar,  
saludas de nuevo a los mismos rostros,  
recorres calles ya desconocidas  
por el niño adolescente que, pródigo,  
ha regresado para convertirse  
en el plato de su propio festín.

Horas de viaje, eternos minutos  
que alejan, lentamente, para siempre  
una vida que no es tuya, que fluye  
en tu ausencia,  
sin ti.

#### IV

Que hoy la música te baile,  
que el alcohol te transforme en ti,  
que tu voz y las risas cómplices  
te erijan como un gran sabio  
de acariciar con tus palabras  
una piel dispuesta a pelear.  
Que todo gire incontrolado,  
que tus ojos de sueño, hinchados,  
ya te recordarán mañana  
que acercarse hasta el sol  
implica caer derrotado.

## V

Calma,  
miradas de dulzura  
tras la lucha descarnada,  
sin tregua, de la piel.  
Reclinada en el pecho  
recorres sus facciones  
en las que apenas reconoces  
al cruel guerrero  
que, desnudo, descansa  
mecido por la brisa.  
Tus ojos le besan,  
le adoran, le dicen,  
casi le susurran,  
que tu cuerpo es su hogar,  
que esta playa es interminable,  
dulce,  
y que el agua acaricia  
con sus labios de sal  
el vaivén de vuestras vidas.

**VIRGINIA A. LOBOS**

CONCIERTO PARA VIOLÍN EN SOL MENOR. Op 8. Nº 8. Rv  
332. VIVALDI

**Allegro**

Después de tanto tiempo desde entonces, Alicia, nuestra Alicia ya ha crecido. ¿Has visto su desprecio por los príncipes, su risa al recordarte las sirenas que aquella tarde oían los maestros?

Aún tensa los hilos esta niña, cruza aún el jardín de los engaños; en el azar, la calle y la mañana todavía se encuentra con nosotros. Su largo pelo tenniel, su vestido, su estatura frutal y su perfume pasan por el rabillo de mis ojos y siempre lleva guindas aunque nieve en las islas que conservan lo que ignoro de ti.

**Largo**

Tú me miraste bíblico y marino. La historia del romero preparaba la eternidad con hierbas calurosas. Las arenas por donde naufragábamos eran papeles blandos que cogía del espacio inicial hasta tu boca antes de ser Alicia quien viniera con un guarnieri oculto en sus preguntas. Jugaba al voy y vengo de mensajes cifrados: *qué lugares*

*floreceste sin mí, cuántas sirenas estrenaron su voz sobre  
tu voz y no la oía*  
y yo te contestaba que nunca tuve un nombre navegante,  
que una canción hambrienta me auguraba su silencio  
volcán, reconocerte.

### Allegro

Alicia, satisfecha de la médula que derramamos lentos  
esa tarde desoyendo a la liebre amaestrada, manchán-  
dole al romero su indolencia de eterno mineral de los  
veranos, crece perversa, acorta la medida del bien y el  
mal, da un paso atrás, el paso que saltan las sirenas: lo  
sereno, lo muerto, lo constante, lo correcto, lo bobo en  
su tibieza, las excusas que apartan la locura.

Alicia ya mayor, ya sabedora de velas consumidas en las  
camas, ha probado el azúcar que encadena y sin embar-  
go vuelve con agujas  
dulcísimas.

Esta niña conseguirá perdernos, acabar de perdernos en  
nosotros.

## DE AVES/ IV. PEGASO

por *Elisa Romero*

*Ella me aguarda, no puedo hacerla esperar más,* le había dicho Teotónio Da Rocha a su mujer antes de marcharse. Y ella lo vio ir enfundado en su traje gris a rayas, malanudada la corbata alrededor del cuello raído de aquella camisa que ella misma, Antona Bemfrido, le comprara en Silves días antes de su boda, hacía ya veinticinco años. Lo dejó ir sin hacer preguntas. Nunca se las hizo, ni en los veinticinco años de matrimonio ni durante el mes escaso de noviazgo.

-----

Antona Bemfrido sólo sabía de Teotónio Da Rocha, su marido, que había nacido en algún lugar de la costa del Cabo, que se crió sin madre, como ella, y que su padre, pescador sin barca propia, había emigrado a América en busca de mejor fortuna para no regresar jamás. Nada de su infancia, nada de su juventud, nada de sus primeros amores ni de sus ilusiones ni de sus sueños ni de sus desazones, ni de si las tenía siquiera. Y sabía sobre todo que supo amarla con pasión y en silencio una sola vez en un lecho de maizales encendido de luna creciente y estre-

llas. Y eso le bastaba. Luego desapareció la pasión y sólo quedó el silencio.

Antona Bemfrido apoyó su silencio azul en el quicio azul de la puerta azul y calló, como siempre había hecho ¿quién iba a oírlo si hablaba? En Douro Bemfrido, su padre, no había encontrado nunca complicidad; hermanos sólo tenía uno y era inocente. Y de su madre ni se acordaba, murió malpariendo a su hermano Manuel, el inocente, cuando Antona no había cumplido aún los tres años. En la memoria, Antona Bemfrido guardaba dos momentos felices: su único viaje a Lisboa, con su padre y su hermano Manuel, a despedir a sus tíos Bemfridos que partían a América sin billete de vuelta, y la noche de olas de maíz y luz en los campos de Casais. Y guardaba también, en un estuche de esmalte, una medalla de Nuestra Señora de Fátima que había pertenecido a su madre. El viaje a Lisboa no podría decir con exactitud cuándo lo había hecho, los instantes de maíz se le diluyeron en el tiempo, y en el reverso de la medalla rezaba una fecha que nadie le había dicho qué conmemoraba.

Antona Bemfrido se apoyó en el quicio de la puerta y le entregó a Teotónio cuanto tenía, lo que le había dado en todo momento, su respeto y su silencio largo. No intentó retenerlo. Él debía cumplir su destino, fuera cual fuese. Si estaba escrito que volviera, volvería; y la encontraría a ella como ahora, como siempre estuvo, apoyando su silencio azul en el quicio azul de la puerta azul de la casa de cal y piedra rematada de encaje, ribeteados de añil

zócalo y huecos, en la casa de aire marinero entre alcorques y roquedas en aquel pueblo tierra y sórdido de la Sierra de Monchique del que Antona sólo había salido el día que viajó a Lisboa con su padre y su hermano Manuel, el inocente, y la tarde en que bajó a Silves a comprar el traje de ceremonia para Teotónio y unas ligas nuevas para ella, porque las mujeres de Casais le habían aconsejado estrenar una prenda íntima el día de bodas. Contra ese mismo quicio la había conocido Teotónio una tarde hacía ya veinticinco años. Antona bordaba un mantel para Ermelinda Corôa, la hija del boticario, una muchachona garrida y saludable a punto de casarse con Pero Mouço, el indiano, que regentaba O Pinho, el mejor hotel de la sierra, en Fóia, y en el que Teotónio trabajaría luego tanto tiempo como encargado de comedor. Antona bordaba campánulas moradas en las esquinas del mantel de hilo crudo al rescoldo del sol de noviembre en la puerta de su casa marinera que nunca vio el mar, cuando Douro Bemfrido, su padre, le presentó a Teotónio, un primo lejano que vivía en algún pueblo de la costa y que había venido al interior en busca de trabajo. Quería ahorrar unos escudos para emigrar a América, a tentar suerte y a buscar a su padre, que en diez años no había dado señales de existencia. Antona levantó tímida los ojos y los clavó en el joven de bronce y esbelto. Apenas cruzaron un saludo; él le apretó la mano y ella se estremeció levemente porque era la primera vez que un chico la to-

caba, y bajó enseguida la vista, segura de haberse ruborizado orejas y mejillas. Se aferró al mantel como asidero de su desconcierto y se pinchó sin querer un dedo con la aguja gruesa de bordar. *No ha sido nada* -dijo, chupándose el pinchazo, cuando Teotónio le ofreció su pañuelo- *Perdón*. ¡Qué pava, pues no me he disculpado, encima!, pensó, y se metió en la casa sin despedirse. Teotónio rió con ganas. Fue la única vez en veinticinco años que Antona le oyó reírse.

.....

A Teotónio Da Rocha lo nacieron en Arrifana, un pueblo en la costa del Cabo colgado sobre el océano. Su madre había muerto sin terminar de parirlo; le sacaron al hijo minutos después de morir ella. Su padre, Fouco Da Rocha, estaba pescando por entonces en aguas inglesas y hasta cinco meses más tarde no se enteró de que le había nacido un niño y de que la madre no había soportado el parto. *Triste Lula, nunca tuvo suerte*, sólo dijo, y le llevó un racimo de buganvillas a la tumba. Eso fue todo. Luego se embarcó otra vez y tardó cuatro años en volver al pueblo. A Teotónio lo criaron los vecinos, hoy acá mañana allá; era el hijo de todos y de ninguno. Nadie se ocupó de llevarlo a la escuela ni de comprarle ropa o zapatos o algún juguete. Se vestía de trajes usados de otros niños y jugaba con los juguetes que ellos tiraban; dormía donde le entraba sueño y comía cuando podía.

Se acostumbró, así, a no poseer nada, ni padres ni casa ni objeto alguno. Tampoco cariño.

Diez años contaba ya Teotónio cuando su padre lo confió a su Tía Martinha, que vivía en Aljezur. Aquella tarde el padre agarró a Teotónio por los hombros, lo miró profundamente, como se mira por última vez, y le dijo algo que el niño Teotónio no entendió pero que condicionó sus días en adelante *Los sueños no mienten nunca, chico. Aprende a soñarlos y a descubrir en ellos la verdad que buscas. Cuando la encuentres la reconocerás. Vívela, no hay más después, después sólo se sigue viviendo para revivirla.* Se fue; a América le dijeron. Y ya no volvió. A lo mejor (pensaba Teotónio) se había ido a buscar su verdad el padre, o quizá sus sueños.

Teotónio era un muchacho melancólico e introvertido que no sabía bien lo que quería ni qué buscaba, como el padre acaso; como Lula, la madre, que murió del parto de un hijo que no estaba muy segura de desear.

Conoció mozas, como todos los mozos de su edad, y retizó con alguna de ellas en el huerto de Amélia Chorão. Pero no le dejaron gusto especial en el paladar ni huella en el alma; todas fueron la misma y una y en ninguna se desvanecieron. Hasta que apareció ella. Fue en la playa de Amoreiras. El mundo se rompió bajo sus pies y el cielo giró con vértigo...

Había sido un día duro de faena en la barca de tío Rouque Das Palmas, el marido de tía Martinha; total, para sacar

una red de acedías y unos cuantos pargos que no llegarían ni para surtir al restaurante de Blas Tena. El atún llevaba ya varios días sin entrar y los mariscadores de alba no dejaban ni una coquina. Había sido un día duro; duro y de poco provecho. Se le echó la noche encima y decidió pasarla en la playa. La luna se había inflamado y lucían todas las estrellas en el cielo desmesurado y cóncavo. Teotónio se tumbó sin ropa en la arena, al abrigo colosal del acantilado. Y allí estaba ella, tendida en la orilla, casi silenciosa. Se le fue acercando poco a poco, erizándose la piel con caricias tibias. Él la sentía debajo de su vientre, encima de su espalda, hirviendo e inmensa, y perdía la conciencia en cada beso, en cada abrazo, los ojos vidriados. Se dejaba poseer. Quiso preguntarle quién era, cómo se llamaba, de dónde llegaba; pero ella le tapaba la boca a cada intento con sus dedos suaves de medusa, con su lengua ávida, y lo enmudecía. Bramaba terrible, susurraba mimosa y se abría para él una vez y otra vez y otra vez y otra más, insaciable y anhelante, *quemán los sueños, padre*; temblándolo de brisa y de locura. Y rodaron por entre rocas envueltos en conchas y en algas, sucios de arena, sedientos y salvajes. *Queman*. Sobre ellos transcurría la noche. Teotónio se quedó dormido al fin, calado en ella, y ella se retiró, esquiva, al amanecer, dejando a su amante abrazado a sí mismo, inventando delirios. Se oía alto el eco de la luna y el viento venía de lamer los bordes de la madrugada.

No se comportaba Teotónio como solía desde esa noche, estaba desasosegado y ausente. Acababa de averiguar que ella era lo que debía buscar en su sueño de verdad. Vívelo, no hay más después, le había dicho el padre. Tuvo miedo. Quiso vivir fuera de él; o escapar de él, puede, renunciando a él. Se alejó de allí, quizá huyendo del azar, con la intención de reunir los escudos necesarios para tomar el barco que lo habría de llevar con Fouco Da Rocha. Y en su camino hacia ninguna parte Teotónio trabajó como barquero en los arrecifes de la Punta da Piedade, vendiendo bolinhos y pasteis de natas y de amendoas por las playas del Algarve; coquinando del Cabo a Pontal, en una cantera de Marmelete y, por fin, como encargado de comedor en el hotel O Pinho, de Fóia, en la sierra de Monchique. Allí conoció a Antona Bemfrido, una joven algo pariente suya, diminuta y discreta, con manos primorosas para las labores y para los pucheros; respetuosa y callada, ingrávida casi. Nunca hacía preguntas, nunca daba respuestas; no molestaba, no abrasaba, no sujetaba. Antona Bemfrido, la buena de Antona, que se dejó amar una noche por él, cuando aún apenas se conocían, si es que llegaron a conocerse alguna vez; una noche en que Teotónio había bebido vinho verde y amarguinha más de la cuenta, en la boda de Ermelinda Corôa y Pero Mouço, el indiano de Casais. Bajaban al pueblo desde el hotel donde se celebró el convite sin rozarse las manos ni las voces. Antona se sentó en el suelo para desabrocharse

las sandalias, que eran nuevas y le oprimían el pie. Teotónio se inclinó para ayudarla y notó de pronto en su nuca la lumbrera de la luna casi hinchada iluminando el campo oleado de maíz. El cielo se había puesto cóncavo y lo encendían miles de luces quietas y metálicas que punzaban los ojos y las mismas entrañas. Crujía un aire menudo y racheado, como de lluvia, frotándose contra las hojas tostadas del maizal.

Teotónio no recordaba si aquella noche fue real o soñada, sólo que de nuevo se encontró en brazos de ella, envuelto en la humedad cálida de los besos de ella, recorrida su piel por la lengua suave de espumas de ella, resbalando sus dedos ágiles por los muslos de pez de ella, *quemam los sueños, padre*, que se abrían, palpitantes y turgentes una vez y otra vez y otra vez y otra más, *los sueños, padre*, febriles *los sueños quemam* por entre el rubio oleaje *los sueños*. Y que se había quedado dormido agotado de jadeos y había amanecido abrazado a un cuerpo cetrino y breve que él nunca antes había visto. Así lo encontró José João Mendes 'Laranjeiro', quien lo contó a Meninha Peres la de las Caldas que se lo comunicó a Pito Xorgo el cual se lo dijo a su mujer y ésta a D. Monxo el cura.

Douro Bemfrido forzó la boda y Teotónio no se resistió aunque tampoco puso el menor entusiasmo. Antona no opinó, se conformaba con la presencia de él y no le pedía nada a cambio de toda su dedicación y su muda pruden-

cia. Veinticinco años sin ninguna palabra que decirse.  
Veinticinco años de silencio desierto

.....

*Ella me aguarda. No puedo hacerla esperar más*, le había dicho Teotónio Da Rocha a Antona Bemfrido, su mujer. Antona no entendió ni trató de hacerlo. Llevaba veinticinco años intuyendo que Teotónio era ave de paso. Ni le perteneció nunca ni en ningún momento pretendió apropiársela a ella; estaba acostumbrado a ser de nadie y a poseer nada. Antona y Casais, el hotel O Pinho, el maizal dorado de luna caliente, la casa de cal y piedra ribeteada de añil, y esos veinticinco años que lo habían surcado a él de sueños en barbecho, y ese viaje a América -que ya no sería- en busca de un padre que no tuvo. Nada, nada de eso fue suyo. Sólo la noche cóncava de luna henchida repitiéndose a sí misma en los charcos de luz de la playa, un cuerpo terso, salvaje y agua y el borbolloneo de unos rizos deshaciéndose entre sus dedos al amparo formidable del acantilado habían sido su fascinación, su hechizo, su certeza y su renuncia; sus posesiones. Había vivido desde entonces para volverla a vivir.

*No voy a hacerla esperar más, ella me aguarda*, dijo, y le entregó su traje, su gorra, su camisa de cuello raído, la corbata que no había aprendido a anudar, su ropa interior, a la muchacha que miraba caer el sol en el agua verde de luna cercana al borde del farallón de roca. *Ella*

*me aguarda*, había repetido, y se lanzó, desnudo, al vacío. Se los tragó a los dos, él y el sol en igual grito, la mar. La muchacha los miró desaparecer. Brilló la luna repleta de luna y ardió en llamas el firmamento. Un aire espeso y turbio ensordecía de relinchos el paisaje. Sucedió la noche mientras.

Por la mañana, cuando despejó la bruma, unos pescadores encontraron en la playa de Amoreiras el cuerpo sin vida de Teotónio Da Rocha, pringado de gelatina, abrazándose a sí mismo, acostado sobre la carne dura de la bajamar.



Ana Quirós

## JESÚS PINO

### PATOLOGÍAS HONESTAS

#### I

Mi muy querida amiga:  
del encabezamiento de esta nota,  
deducirás  
el vello de un sigilo  
salvajemente dominado por la cordura,  
la buena educación y el viejo miedo  
que al escándalo -¡oh padres de mi patria!,  
¡oh verdugos taimados del bien de mi conciencia!  
he impuesto a mis pasiones,  
a las que te remito entre estas líneas  
que quisieran decir pero no deben.

#### II

Abro la puerta. Se abalanza el día.  
Una ola de amor iluminado  
refresca mis mejillas. Restaurado  
me oferta el mundo su galantería.

Hondamente respiro. Siento mía  
la realidad que vive al otro lado  
del aire y de la luz. Acorazado  
cito en combate a la monotonía.

Encantadora rueda de la vida  
engrasada con miel de abeja impura;  
consuelo, orgullo y cumbre de la especie.

¡Oh, calma, placidez, muerte aplaudida!  
Permíteme que escupa en tu hermosura,  
que amante del misterio te desprecie.

### III

Como la niebla oculta la familiar hechura del paisaje,  
la memoria se ajusta la toga y el birrete y da sentencia  
de que allí una arboleda hacía presencia  
y un poco más allá una ciudad de tríptico linaje.  
La duda es si mañana  
cuando levante el sol la densa polvareda, acuosa y fría,  
estarán, todavía,  
la arboleda a dos pasos y la ciudad un algo más lejana.

Apéndice o posdata:

No me gusta la niebla: tan gris, tan anodina y sin corbata

## IV

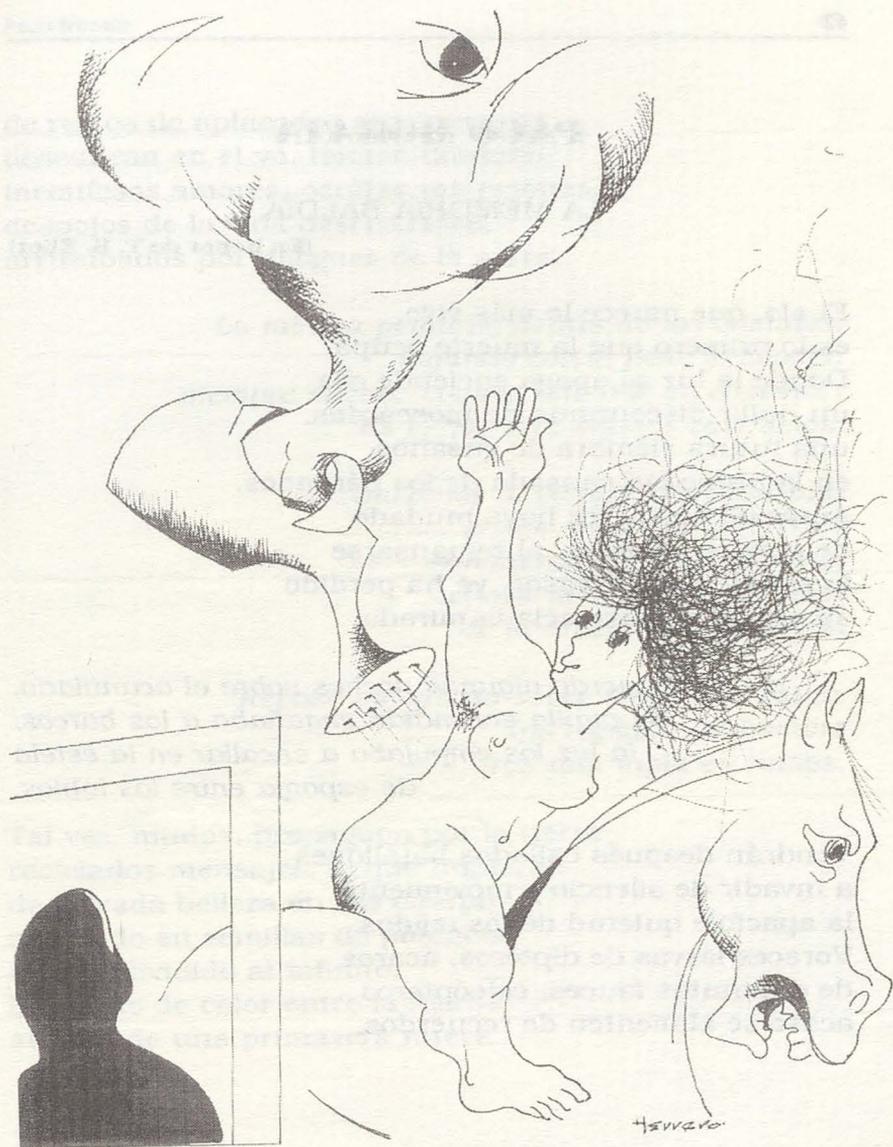
Doblar la servilleta después del desayuno  
no abrochará el conjuro de los acantilados  
al lirio del jardín,  
pero pondrá una cita de orden blanco  
en las piernas cruzadas y desnudas del café.

Se olvidan suavemente algunas cosas:  
miradas, roces, luces, cuerpos, días;  
otras se aposan firmes en los sueños,  
en el aire sin vaho de la memoria  
como un polvo de nada, traicionero y falso.

Pero doblar la servilleta después del desayuno  
ni al olvido interesa,  
ni es títere del sueño  
o burbuja de naufragos presentes.

*Doblo la servilleta con mucho y gran cuidado:  
la lírica está en juego y es grave lo apostado.  
Sobre mitad, mitad, hasta el doblaje  
que la etiqueta exige al personaje.  
El verso es el placer póstumo y crema  
que deja el desayuno en el poema.*

Sobre la mesa, al lado del platillo de la taza,  
la servilleta,  
mística y doblada, denuncia la metáfora,  
la eternidad exige al gesto repetido,  
frente a la fatigada sangre de una rosa.



**PACO MORATA**

## LA MEMORIA BALDÍA,

(En honor de T. S. Eliot)

El ojo, que parece lo más vivo,  
es lo primero que la muerte ocupa.  
Donde la luz se apaga enciende ella  
un bullir discontinuo de moscardas,  
una futura siembra de gusanos  
en la humedad cansada de los párpados.  
Antes de que la tez haya mudado  
de *rosa en azucena*, al remansarse  
la sangre por los vasos, ya ha perdido  
su cristal consistencia la mirada.

*Recuerdo algunas noches sobre el acantilado.  
Su pupila encendida engañaba a los barcos;  
la luz los empujaba a encallar en la estela  
de esponja entre los labios.*

Vendrán después callados batallones  
a invadir de silencio y movimiento  
la apacible quietud de los tejidos.  
Voraces larvas de dípteros, ácaros  
de diminutas fauces, coleópteros  
acaso se alimenten de recuerdos,

de restos de aplacados sentimientos;  
descubran en el yo, tiempo dormido,  
inconfesos amores, ocultas intenciones,  
despojos de la vida descuidados,  
arrumbados por pliegues de la carne.

*La miraba peinarse detrás de los cristales,  
jugando con el pelo; lo llevaba  
siempre suelto, 'comme une fille en cheveux'.  
Es lo que era; éramos casi niños.*

*Salíamos al campo, me enseñaba  
el olor de la tierra, el color  
sangriento de las amapolas:  
el olor de su pecho, el color  
de la areola de sus senos.*

*Reposé mi cabeza sobre su vientre plano.  
Nos espiaba un hombre  
tras una tapia en ruinas.*

Tal vez, mudos, propaguen por la tierra  
reciclados mensajes, lo que hubiera  
de privada belleza en ese cuerpo  
repartido en semillas de potencia,  
Lázaro dividido al infinito,  
brotando de color entre la hierba  
al paso de una primavera nueva.

**«Abril es el mes más cruel, criando  
lilas de la tierra muerta, mezclando  
memoria y deseo, removiendo  
turbias raíces con lluvia de primavera»<sup>1</sup>.**

Estarás tú sobre el silencio entonces,  
tú perfumada de remotas tardes  
de espera a la salida del trabajo;  
ocazos compartidos por encima  
de los puentes de piedra, entre la bruma  
de las aguas pasadas, donde nunca  
llegaron a encontrarse nuestras pieles.

*Pregunté: «¿me recuerdas?» Sólo entonces  
abrió los párpados. No contestó.  
Y vi correr, al fondo de sus ojos,  
los ríos del olvido, que arrastraban  
un rostro como el mío, la cabeza  
de un muñeco flotando a duras penas  
sobre las aguas bravas de la melancolía.*

**(Del libro inacabado «Arquitectura efímera»)**

*(Primer premio. IX certamen literario F.A.V.A. Alcázar de San Juan)*

1.- T. S. Eliot.- The Waste Land. I. The Burial of the Dmd.- Traducción de José Valverde



## DOLORES. UNA HISTORIA ANTIGUA

*por Lola López Díaz*

A mis primas Nati y Mila

Dolores mojó el pañuelo y se lo ató en la frente. Fuerte, muy fuerte. Un poco más aliviada atizó el fuego y echó el contenido del caldero en un perolito pequeño, añadió la glucosa, el café y siguió revolviendo. Las llamas salían por los lados del hornillo. La cabeza le estallaba. Cuando la mezcla estuvo a punto, la vertió sobre el mármol, pasó el rodillo, aplicó el molde, troceó las pastillas y las repartió en tres bandejas para que las envolvieran los niños cuando regresaran de la escuela. Después, fregó los cacharros y empezó la operación de nuevo: echó la leche y el azúcar en el caldero grande y empezó a darle vueltas para que espesara. Lo peor eran las llamas. Aquel calor en la cara, en las manos, en el pecho... y la cabeza, el dolor de cabeza. Se apretó el pañuelo un poco más. Había sido una suerte conseguir aquella receta, eran unos caramelos de café con leche soberbios, La Pajarita de Madrid se los compraba todos. Claro que era un trabajo tremendo y sacaba muy poco dinero, pero no se quejaba, no, no, al contrario... Al principio de quedarse viuda, un hermano suyo, sacerdote, le había propuesto que se fue-

ra con él de ama y que a los niños los metiera en un asilo. Era un hombre muy guapo su hermano el cura. Se pasaba la vida cambiando de parroquia, las mujeres lo acosaban, le dejaban declaraciones de amor debajo de los manteles del altar, en el confesionario, por todas partes. Traía de cabeza a los obispos. Ella se había negado a separarse de sus hijos. Por nada del mundo. Por nada. Trabajaba con precisión mecánica. De vez en cuando mojaba el pañuelo, se lo volvía a apretar en la frente y seguía dando vueltas y más vueltas a la leche, tratando de no pensar en la jaqueca, ni en el dinero que debía, ni en los favores que tenía que pagar, ni en sus hijos huérfanos, ni en el día de mañana, ni en la muerte de Federico, tan solo, tan lejos... Ése era el pensamiento que más temía, el que más le hacía sufrir.

Dolores había estado siempre enamorada de Federico. Siempre. Era tan alto, tan elegante, tan delicado, tan fino... Enamorada perdida se había casado y los años de matrimonio no habían hecho sino acrecentar aquel amor primero, aquella admiración, aquella veneración sin límites. Él la había querido a su manera, en la medida de sus posibilidades, y la había tratado en todo momento con un respeto y con una deferencia exquisitos. Ella se había considerado, y se seguía considerando, una privilegiada y sentía, aun en la situación en que se encontraba, una alegría intensa, una inmensa satisfacción por cada minuto, por cada segundo que había estado a su

lado. Y eso que la gente podía pensar -y de hecho pensaba- que su vida no había sido un jardín de rosas, es más, la compadecían abiertamente. Y no sólo desde la desgracia. La compadecían ya antes, en vida de él.

Había nacido Federico el menor de cuatro hermanos y en su casa, con el sueldo del padre, Jefe de Estadística, había apuros para llegar a fin de mes, así que unos tíos suyos, indianos ricos y sin hijos, al volver de Cuba se lo habían llevado a vivir con ellos. La tía, Dña. Indalecia, que enviudó pronto, estaba loquita con el muchacho y lo educó a capricho hasta conseguir hacer de él un auténtico señorito. Cuando llegó la hora de que tuviera una ocupación, nombraron a Federico Teniente de Alcalde, responsabilidad que no supuso ningún cambio sustancial en su vida que consistía, fundamentalmente, en ir al Casino a matar el tiempo. Y a jugar. Sobre todo a jugar. A veces ganaba. Casi siempre perdía. Dña. Indalecia pagaba. Sentía la buena señora una especial satisfacción cuando el botones del Casino iba a pedirle dinero para su sobrino.

Dolores y Federico se casaron. La casa en que vivían era toda de la tía que les cedió, generosamente, un piso justo encima del que ella ocupaba. Tenía Federico unas ideas muy peculiares acerca de la vida en general y de la economía doméstica en particular. Preguntaba, por ejemplo:

-Dolores, ¿cuánto vale un saco de patatas?

-Diez pesetas.

-¿Y media docena de perdices?

-Diez pesetas.

-Pues compra las perdices, ¡total cuestan lo mismo!

Él nunca comía patatas, ni judías, ni cocido. Era demasiado trabajoso: meter la cuchara en el plato una y otra vez... eso no era comer, ¡era cavar!, decía.

Dolores tuvo tres hijos, tres varones. Cuando quedó embarazada por tercera vez, Dña. Indalecia dijo que no se encontraba bien y le pidió que en adelante durmiera con ella, en su casa, que quería que la acompañara por las noches. Dolores estuvo alejada de su marido todo el tiempo que duró la enfermedad de la tía, que fue larga, muy larga. Cuando por fin los médicos anunciaron la inminencia de su muerte, la familia rodeó la cama de la enferma, presta a cumplir sus deseos. En aquellos momentos de agonía, Dña. Indalecia pidió champán. También pidió perdón a Dolores.

En el testamento declaraba a Federico heredero universal. El notario le dijo claramente que no aceptara la herencia, que no quedaba nada: ni casas, ni tierras, ni dinero... sólo deudas. Pero Federico era un caballero y aceptó. De modo que dejó a su mujer y a sus hijos y se fue a La Argentina a ganar lo suficiente para saldar el compromiso. En Buenos Aires se alojó en casa de un amigo de la familia, Martín Gómez, el cual, pasado un

tiempo prudencial, le hizo ver la gravedad de su situación y la necesidad que tenía de ponerse a trabajar.

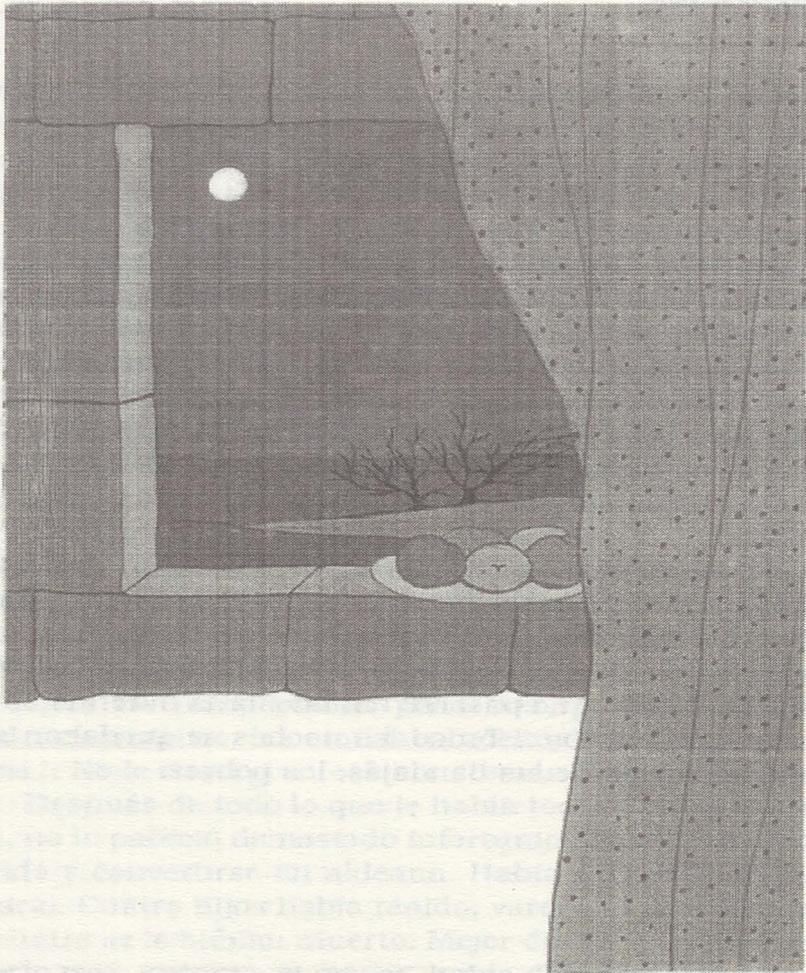
-¿Yo? ¿Trabajar yo? murmuró Federico con estupeor.

Lleno de zozobra se metió en la cama y a los pocos días se murió. De pasión de ánimo, dijeron. Tenía treinta y cuatro años. Cuando llegó a España el cable con la noticia, Dolores ya había comprado los pasajes y lo había preparado todo para reunirse con su marido. Tenía veintiocho años. Y seguía amamantando a su hijo pequeño. Se le envenenó la leche. Del disgusto. El niño contrajo una enfermedad que le dejó secuelas para el resto de sus días.

Ante la magnitud de la tragedia, Rosario, la madre de Federico, viuda desde hacía mucho tiempo, no tuvo más remedio que casarse de nuevo. No encontró mejor manera de ayudar a su nuera y a sus nietos. Así que se casó con un campesino y se fue a vivir a un pueblo perdido, donde los niños podían pasar los veranos y desde donde, en invierno, les mandaba aceite, legumbres, verduras... No le costó gran esfuerzo tomar semejante decisión. Después de todo lo que le había tocado pasar en la vida, no le pareció demasiado infortunio aguantar a otro marido y convertirse en aldeana. Había sufrido mucho, Rosario. Cuatro hijos había tenido, varones los cuatro, y los cuatro se le habían muerto. Mejor dicho, se le habían muerto tres. Antonio, el mayor, había desaparecido sola-

mente. Dolores sentía por su suegra un cariño y un respeto grandes. Y no por ser la madre de Federico, que eso por sí solo era motivo suficiente, sino porque era la mejor persona que había conocido nunca. Su familia era harina de otro costal. Y nunca mejor dicho porque su padre había sido molinero. Molinero rico. El herrero no se cansaba de repetir que le había hecho un cofre muy grande para guardar onzas de oro. Murió de repente, su padre. A su madre le dio una trombosis y pasó a mejor vida sin poder hablar ni moverse, mirando intensamente a las paredes. Poco después, su hermana y su cuñado se fueron a América y amasaron allí una gran fortuna. Todos sospecharon que habían encontrado el oro antes de emigrar.

Se apretó el pañuelo y aceleró el ritmo. Tenía que darse prisa, los niños estaban a punto de llegar y quería tenerles suficiente tarea preparada. Se le partía el corazón. En vez de quedarse a jugar en la calle con los otros chicos, tenían que pasarse allí las horas muertas envolviendo caramelos... Todas las noches se quedaban dormidos encima de las bandejas, los pobres.



Ana Quirós

---

## ÁNGELA SERNA

### Soñé

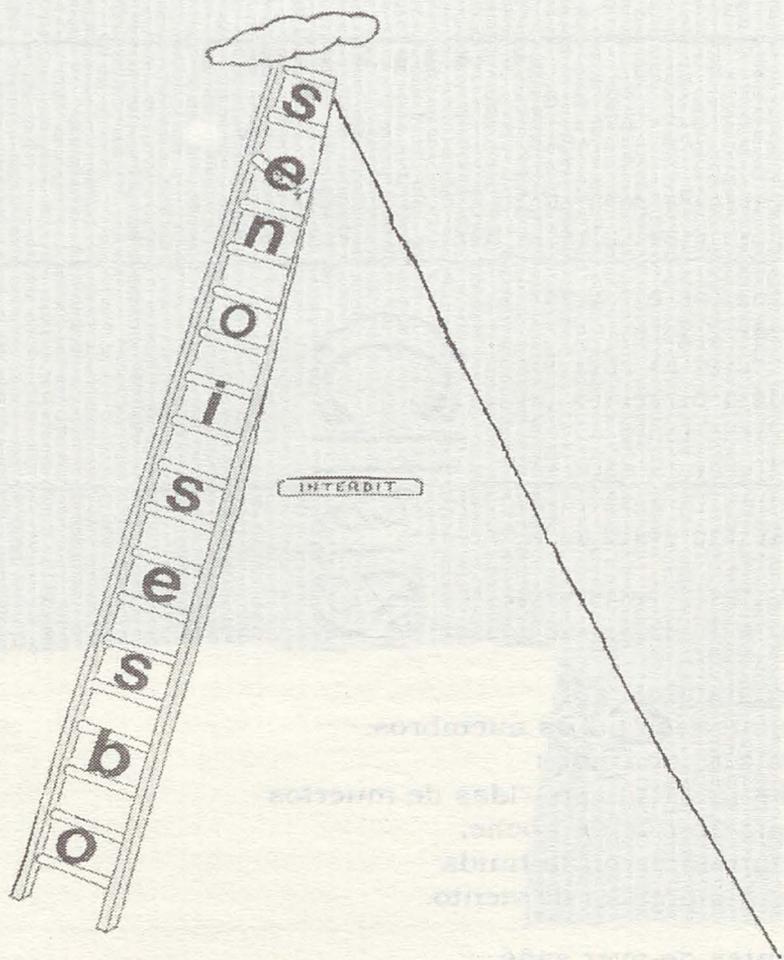
Antes-de-ayer soñé  
que me negabas a base de «Padrenuestros».

Gusano inmundo,  
expurgabas  
lacerados cuerpos,  
afásicos restos de seres  
putrefactos,  
en-sí-mismados,  
que intentaban recuperar  
su nada aleatoria.

Antes-de-ayer soñé  
que me negabas a base de «Padrenuestros».

Reptando,  
olfateabas duros miembros,  
raíces profundas  
de inmensas guaridas de muertos  
que un día, de noche,  
emprendieron la huida  
con zapatillas de viento.

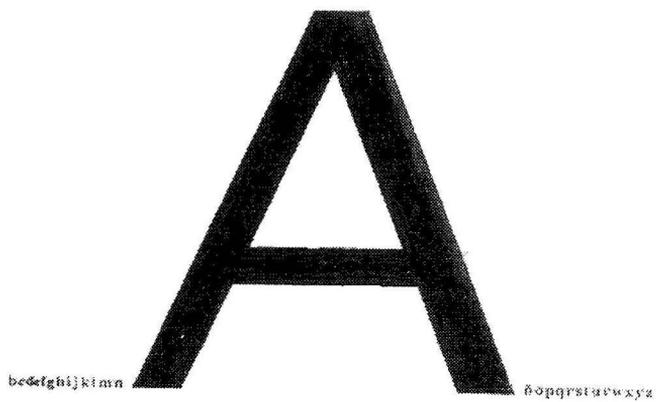
Antes-de-ayer soñé  
que me negabas a base de «Padrenuestros».



## Alfabeto

A. J. K.

**A**penas era capaz de distinguir la sombra que surgió ante mí  
**B**rutalmente. Disipada la bruma creí averiguar un  
**C**astillo en ruinas murallas y piedras  
**D**esdibujadas por el tiempo y que sin embargo  
**E**mparentaban con formas y sombras que me eran  
**F**amiliares casi amigas especie de  
**G**óndolas fantásticas en las que me mecía en un intento de  
**H**uir hacia el viento y escaparme con sus alas  
**I**gual que en mi imaginación  
**J**ugaría  
**K**afka  
**L**ejos de una realidad que por no serlo  
**M**odelaba poco a poco una ficción  
**N**acida para perdurar. Pero yo era perseguida por unos gui-  
**Ñ**os forzados de montones de  
**O**jos enormes que con profundidad de mar  
**P**enetraban en mi cuerpo  
**Q**uebrando lo que yo creía imperturbable.  
**R**educiéndome haciéndome mirar mi yo desconocido.  
**S**ólo me quedaba adentrarme en la zona prohibida.  
**T**odo era silencio en aquel lugar.  
**U**na vez atrapada miré por la ventana y  
**V**i un signo extraño semejante a una x:  
**X**.  
**Y** sin darme cuenta  
**Z**ozobré.



b  
c  
d  
e  
f  
g  
h  
i  
j  
k  
l  
m  
n  
o  
p  
q  
r  
s  
t  
u  
v  
w  
x  
y  
z

## Canto postmoderno de sirenas

*A Gala Eluard-Dalí*

Majestuosa te alzas ante un mundo que gira a tus pies.

Mujer,	ruega por nosotras.
Estrella,	ruega por nosotras.
Mito,	ruega por nosotras.
Huella.	ruega por nosotras.

Hoy imán,  
Mañana olvido.

Tú siempre.  
Tú nunca.  
Tú sobre todas las cosas.  
Tú a pesar de todas las cosas.  
Tú no.  
Tú acaso.  
Tú sí.  
Tú sí pero no.

Altiva,	ruega por nosotras.
Orgullosa,	ruega por nosotras.
Fea,	ruega por nosotras.

Insumisa-sumisa,	ruega por nosotras.
Libre-encadenada,	ruega por nosotras.
Verdad-mentira,	ruega por nosotras.
Comedia-drama,	ruega por nosotras.
Tragicomedia,	ruega por nosotras.
Fantasma,	ruega por nosotras.
Fantoché,	ruega por nosotras.
Vedette,	ruega por nosotras.
Historia de un siglo de poesía y arte,	ruega por nosotras.
Musa,	ruega por nosotras.
Arribista,	ruega por nosotras.
Humilde,	ruega por nosotras.
Callada,	ruega por nosotras.
Baladro de pasión y muerte,	ruega por nosotras.

Tú, mujer entre las mujeres  
por los hombres de los hombres. Amén.

¿Por qué sobrevives al tiempo?	Que así sea.
¿Cuál ha sido tu obra ?	El fruto de tu vientre no [parido.

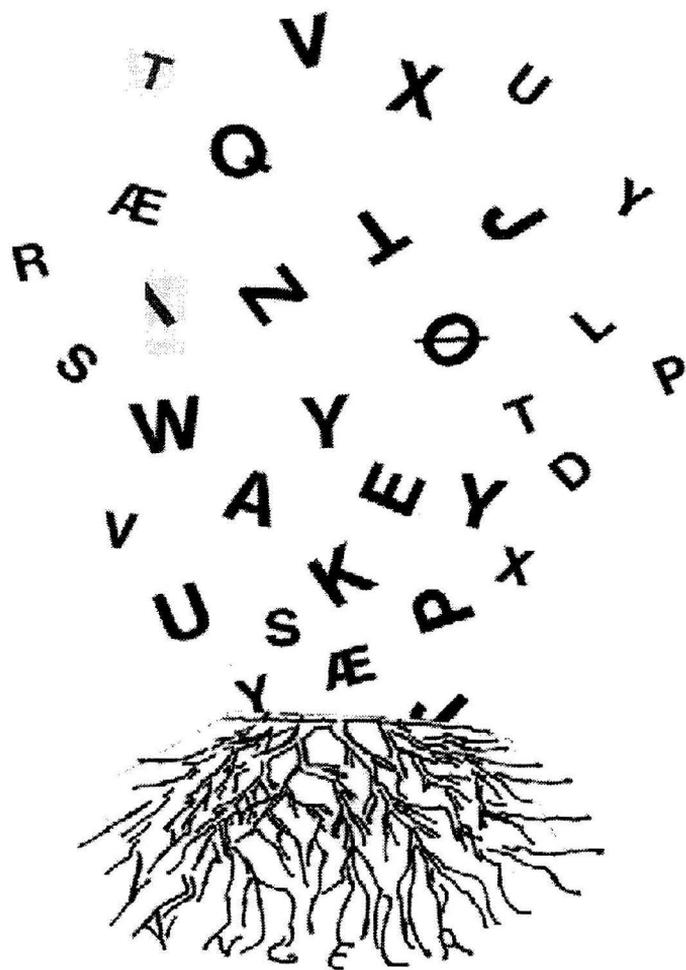
Terminaré odiándote «automático principio de ti misma».

Líbranos de todo mal.

Ahora y siempre...

Amén.

*Poema-letanía para ser leído a dos voces*



**ÁLVARO CORTIJO PÉREZ**

## CALEIDOSCOPIO

La arena jugaba con sonrisa de gato... entre mis dedos,  
mi corazón de lana estaba empapado...  
por el agua, por la risa de cobre del tiempo, por las voces...

Estaba sentado en una playa de mimbre,  
con el niño que fui...  
sin mirarnos, sin hablarnos...  
(yo estaba podrido y él lo sabía)  
la melancólica tarde era...  
...un vuelo de palomas de tierra...  
...con mensajes en blanco...  
y sin ramitas de olivo en los picos.

Las sombras de algunos cangrejos,  
devoraban un latido...  
delfines de humo varados en la orilla,  
la sangre, recuerdo,  
eran instantes...  
de cartas cerradas con lenguas de mercurio.

Y yo seguía allí...  
sentado sobre un mosaico de arena, dolor y agua,

tallé mi rostro en una lágrima del aire,  
porque necesitaba sobrevivirme,  
porque nunca había...  
...y los porqués se acabaron.

El niño seguía allí...  
lo haría durante más calendarios  
porque sus ojos eran fanales...  
pero yo... sólo era la sombra de una nostalgia...  
... afilada... y... mis ojos eran fangales.

El niño seguía allí...  
la arena jugaba con sonrisa de colibrí... entre sus dedos,  
y él también se reía...  
de las huellas...  
de las alas...  
de los juncos invisibles de las playas.

Yo seguía allí...  
sentado en la espuma de las olas... mar adentro,  
enmudecido, acompañado por las hormigas del vértigo,  
estaba perdiendo la voz, la distancia, los recuerdos...  
y el niño lo sabía,  
(por eso algunas veces me llamaba «Viejo»)

Alguien dio la vuelta a un reloj de sal,  
se rompió el matraz de mi alma...  
como lo hacen las olas en los acantilados metálicos,

entonces, supe, que era el momento,  
me deslicé en una burbuja de oxígeno  
    por la cáscara nacarada del mar...  
el niño seguía allí...  
un semidiós adolescente vendía tiempo en un mercadillo,  
(dios podía ser perfectamente un verdulero),  
pero los anillos de oro, de miga, de polvo...  
...se habían quedado enredados en las algas,  
caminé borracho de muerte hasta las ánforas...  
llenas de  
    huesos  
canicas  
    semillas...  
me desplomé en la más oscura...  
...cerré los ojos...  
y el grifo del tiempo vomitó su última gota,  
la tierra se abrió y lloró un árbol...  
el niño seguía allí...  
...sentado en la espuma de las olas... mar adentro.

---

**M<sup>a</sup> MAGDALENA  
CASTAÑOS FONTIRROIG**

MUERTE DIGNA

*(a Juan Pesquero in MEMORIAM)*

Altivo centinela de la cumbre,  
siempre firme ciprés, noble gigante.  
Nadie oyó en ti, lamento claudicante,  
nadie vio en ti nefasta podredumbre.

Sin muestra de tristeza y pesadumbre,  
¡la muerte te llegó en aciago instante...!  
Caíste majestuoso y elegante  
sin doblegar tu fuerte reciedumbre...

¡Ciprés...!, igual que a ti, yo bien quisiera,  
sin sufrimiento lento ni agonía,  
que sin pesar la muerte me viniera.

Sin reprochar al monte y la pradera,  
que indiferentes a la muerte mía,  
preparen renovada primavera.

## EL VALLE Y EL RÍO

El río  
va arrastrando  
en sus corrientes  
ciudades, leyendas,  
historias y puentes.  
Todo lo atrapa  
en rapiña constante,  
y nos lo muestra  
su espejo brillante.  
El valle va corriendo  
cuesta abajo  
impaciente por verse  
en el espejo  
que sumiso  
le ofrece el río Tajo.  
Presume al ver  
su talle bello y majo  
y temiendo  
volverse un día viejo  
se acicala afanoso  
en su trabajo:  
Se adorna con  
romeros y tomillos,  
danza rodando  
por el altibajo  
al son de las  
chicharras  
y los grillos.

---

## **FRANCISCO DEL PUERTO ALMAZÁN**

*LA NOCHE INTERMINABLE es un proyecto de libro en el que he trabajado algún tiempo y necesito seguir trabajando mucho tiempo más para que adquiera su condición de tal.*

*Es la intención de recrear poéticamente lo que pudiera haber sido la vivencia de S. Juan de la Cruz en el Toledo que le guardó en su vientre durante nueve meses y, tras nacerle, le retuvo otro tiempo en cárceles amigas para proteger su huida. Toledo y S. Juan. Pretenciosa intención, puro fraude en los previsibles resultados, pero también confesión de amor a la ciudad y al poeta más grande de nuestras letras.*

*Con la muerte de ESPERANZA PEDRAZA he vuelto a pensar en estos textos de los que le hablaba y de los que ella me hablaba con entusiasmo y alguna insistencia desde el día en que fui a enseñarle el poema del alahé, en el que recreaba, cambiando el escenario, la anécdota san-juaniana que oí por primera vez de su boca y que tan bien contaba con su peculiar y encendida manera de decir estas cosas que tenían que ver con nuestra ciudad.*

*ESPERANZA PEDRAZA amaba tanto a Toledo que tuvo la capacidad de encender este amor en muchos de los que le oían y trataban con esa llama que luego, autónoma, ha ido dando y dará sus propios frutos.*

*Por su memoria doy estos poemas que aún deberían quedar velados por el pudor de lo que se está haciendo, pero su muerte imprevisible me empuja a esta entrega imprevista, agradecida e imperfecta. Por su memoria.*

Francisco del Puerto Almazán.

**LA NOCHE INTERMINABLE****I.- LA HUIDA****1**

Es la hora de saltar, la señal cierta  
Apareció; con el rumor del río,  
Fugitivas nubes que desvelan  
Y velan a los astros de la noche,  
El insomne sosiego del espacio,  
El callar de las aves, el descanso  
Del cotidiano afán de los humanos,  
Amaneció para cruzar el aire  
Sembrado de amenazas y promesas;  
Enfebrecido en el deseo, el salto.

Descansa en el temblor de la ruina  
Del aturdido corazón que espera  
Huir hacia la noche; es el deleite  
De quien tiene en su cueva los desvelos,  
Sombra como su nido cotidiano,  
Espuela en su emoción desmesurada,  
Libertad en el tallo que se mece.

En el ajeno aire desgarrado,  
Volar desconocido con las alas  
De pluma insuficiente hacia la altura  
Donde el fulgor del astro te consuma  
Y ciegue y purifique y resucite  
Ignorado camino; es ya la hora  
Del enésimo ensayo de la entrega,  
De la incierta aventura hacia la nada  
De este vagar sin rumbo hasta encontrarte.

## 2

Saltar en el vacío, descolgado  
Por el milagro de trenzados trapos  
Tan consumidos como están mis fuerzas,  
Colgado espero el salto en el vacío  
Como si un gorrión en rama trémula,  
Herido para el vuelo decidiera  
El vuelo en el espanto de la noche,  
Abajo suena el río como un pozo  
De pájaros que emergen y la luna  
En la altura se vela largamente  
Como si deseara ser olvido;  
Suspendido en el tiempo y el espacio  
Arde mi corazón de condenado  
Que ha de escapar y el miedo le confunde

Como a un niño perdido e indefenso.  
Volver es imposible, abajo esperan  
En trabazón perfecta y misteriosa  
El vacío y el bálsamo anhelado  
De las manos de Dios para mi angustia.

## 3

En el silencio de las sombras ladra  
Un can que rompe el temor tenso  
Y lo convierte en desconcierto y duda;  
No hay noche sin peligro ni camino,  
Sin ansia de llegar a la alborada,  
Pero el ladrido de este can acecha,  
Levanta muros, cierra saltos, puentes,  
Despierta las riberas de la noche,  
Denuncia que la sombra no es olvido  
Sino arco tenso y víspera del alba,  
De la llama del trigo, de la lluvia  
Que emerge en amapolas en el campo,  
Por ello ladra el can, porque se abran  
Las dulces azucenas, anunciando  
Que el tiempo del temor ha terminado.

## 4

Los altos muros, las humildes piedras,  
El retazo del cielo ahora tan ancho  
Cambiando los rubores de la aurora  
Son tu mano y misterio, son tu mano  
Donde me escondo y donde me persiguen;  
Yo bendigo el rincón y ellos los ojos,  
Tú callas abandono, ¿Dónde vamos?,  
¿Cuándo dirás que acabe tanta lucha?,  
Las ventanas y almenas son el punto  
Donde más te oscureces, donde asoma  
La dulce luz del día sonriendo,  
Donde pudieran ellos finalmente  
Dar alcance a esta pieza lastimosa;  
Pero bendigo el sol, porque se alza  
Sobre nuestras miserias sosegado,  
Cual si quisiera hablar con tu silencio;  
Tienen los gorriones que revuelan  
Más vigor en sus cantos que mi cuerpo,  
Quizá por ellos cumples con el día  
Y el húmedo frescor de la mañana;  
Pero tengo que andar y desfallezco,  
Tengo que huir sin conocer el curso  
De esta carrera ignota y sólo tengo  
Una señal que tarda en producirse.

## 5

Me dijeron que suenan humildísimas,  
Delgadas y pequeñas, mas se oyen  
En todo el aire que a la ciudad viste,  
Madrugando a las otras más solemnes,  
¡Campanas del rigor de mi Carmelo!  
Dame, mi Dios, la fuerza necesaria  
Para cruzar la luz como la noche  
Al filo de mis ansias y mi empeño,  
Dame la libertad de quien no teme  
Que vuelvan los inviernos, de quien sólo  
Su enamorado corazón atiende  
Y así cruza los montes y los ríos  
En el olvido de sus cazadores.

## 6

Son las calles, tambores de mis ansias,  
Son su contradicción, su desconcierto,  
Un temblor de ruidos, cuando el día  
Que celebro y que temo, en su inminencia,  
Cual moneda en el aire, se va abriendo,  
Las voces, las campanas, los herrajes  
Despiertan la ciudad y me reducen  
Aún más en la indigencia, en la desnuda  
Condición que denuncian mis harapos,

El temblor de mis miembros, mis heridas  
Que ha intentado lamer un can errante,  
Esto soy, esto tengo, este es mi estado  
De criatura ciega que te busca  
Y tu señal espera aquí escondido  
En un rincón de sombra que la aurora  
Le concede fugaz, piadosamente.

## 7

No sé qué me ha traído ni qué brazo  
Me señaló el camino, pero estoy,  
Tras cruzar la gran plaza que despierta,  
Tras volver a avanzar de sombra en sombra,  
Oyendo la campana, mi campana  
Del Carmelo anhelado, estoy llorando  
Y no puedo moverme, no responden  
Las piernas a cubrir la cercanía  
Del portón entreabierto, apenas puedo  
Sino llorar, llorar, voy a morirme  
Y todo ha sido noche, fiebre, vela  
Por llegar hasta ti y estoy llorando,  
Habitando tal vez mi última sombra.

## 8

Te cantan las hermanas y me aduerme  
Con su rumor, el cántico arrancado  
A la tiniebla de mi angustia, al pozo  
Donde más cerca tuve tu caricia,  
Donde la duda desgarró mi miedo,  
Donde más cerca estuve de ser nada,  
Fácil de confundirse con el todo,  
Vinieron los poetas a ayudarme,  
Los libros estudiados, la sagrada  
Palabra que nos diste por consuelo,  
Pero tú lo dictabas, conformando  
A la tinta mis lágrimas y ansias  
Sobre el sucio papel que procuraba  
Fray Juan, mi carcelero generoso.

## II.- PARÁFRASIS

## I

*«Para venir a serlo todo,  
no quieras ser algo en nada»*

La imagen que la fuente  
Fugazmente sostiene es luz incierta:  
El oriente y poniente  
Se juntan, si despierta  
El fresco aire y riza la corriente.

Es efímera llama  
La posesión del ojo que ilumina  
Lo que descubre y ama,  
Olvida la ruina  
y condición que el tiempo le reclama.

Así bendigo el vientre  
En que me tienen ciego y encerrado,  
Vedándome que encuentre  
En la luz, el cuidado  
Y en el humano andar me desconcentre.

Así desde la nada  
Esperaré la luz definitiva,  
Cantando la callada  
Canción dulce y esquiva  
De la muerte feliz y enamorada.

2

*«Para venir del todo al todo  
has de dejarte del todo en todo»*

Yo me prendé una tarde en el camino  
De una música triste que venía  
Del rumoroso bosque y que decía:  
-Si en el amor no muerdo, desatino.

Iba romero sin saber mi sino,  
Lamentando los gozos que perdía  
Al no desentrañar, de su armonía,  
Tan extraño mensaje a mi destino.

Y, al cabo, me senté, mirando al cielo  
En medio del camino y de la flora,  
Vine a escuchar los vuelos de este vuelo,

La queja que entonaba una pastora  
Con voz de enamorado terciopelo  
Y, al tiempo, humilde como del que implora:

-Muérome de amores, carillo, ¿Qué haré?  
-¡Que te mueras, alahé!

## 3

*«Para venir a poseer lo que no posees  
has de venir por donde no posees»*

En el dolor asomas,  
Acaricias, te quedas  
Como la buena sombra,  
Como el can silencioso,  
Pero si hablo, callas,  
Si grito, te haces nube,

Si lloro, cual esponja  
Recompones el aire  
Para que en ti me duerma  
Como niño indefenso.

4

*«Para venir a donde no sabes  
has de ir por donde no sabes»*

No saber es querer enteramente  
Ver su imagen exacta y verdadera,  
No conformar su ser a la quimera  
Con que trabaja inútil nuestra mente.

No saber es creer que aquella fuente,  
Donde manó la vida es la certera  
Gruta donde rasgó la luz primera  
Su amor de creación, su dulce oriente.

Negar al aire su visión gozosa,  
Negar al corazón su letanía  
De adherencias mortales, su desvelo.

Buscar la voz secreta y misteriosa  
Entre las voces que registra el día,  
El loco impulso que supere el vuelo.

## 5

*«Para venir a poseerlo todo  
no quieras poseer algo en nada»*

Dices tirar la llave, abrir la puerta,  
Entregar mi memoria a la corriente  
Y ver cómo se aleja desde el puente,  
Los sentidos tras ella, vida cierta.

Y volver al camino, a la encubierta  
Señal de tu llamada que, en la frente,  
Refleja la verdad inútilmente,  
Pues tanta cercanía le despierta.

Huye paloma, asciende en la alegría,  
Se nubla en la tristeza y en la sombra  
De la tarde se oculta, no hay memoria

Que pueda retener su compañía  
Y no vale alcanzar lo que le nombra,  
Es humo entre los dedos, vana gloria.

6

*«Para venir a saberlo todo,  
no quieras saber algo en nada».*

No poder, no querer, no tener puerta,  
No ver, no oler, no oír, no sentir nada,  
Adelgazar la sangre de querencias,  
Desnudarse del alma desnudada  
Y en tanta noche, como toda ciencia  
De abandono y despojo, tu alborada.

7

*«Para venir a lo que no gustas,  
has de ir por donde no gustas»*

En la cárcel jugaba con los hilos  
De luz que los cuartones y el ventano  
Permitían cruzar, tanta amargura.  
Removía la paja, porque el polvo  
Les diera consistencia de volumen,  
Era como el incienso que envolvía  
La podrida sazón de la miseria,  
Y era fácil perderse en tus deseos,  
Hasta los ojos tristes se incendiaban,  
Llorando el gozo oscuro de alcanzarte.

## 8

*«Para venir a gustarlo todo,  
no quieras tener gusto en nada».*

No amo la noche porque no conozca  
El fuego de la luz, el delicioso  
Vaivén de los trigales con la brisa,  
El humano alegrarse de estar vivo.

No amo la noche porque no comprenda  
Quién encendió el aroma de las flores,  
Cuando, en el día, se abren y regalan,  
Quién pintó, en el extremo, las cerezas.

Amo la oscuridad, porque me cansa  
Ver y no verte con tu luz primera,  
Tocar y no alcanzar tu transparencia,  
Gozar y no saber cómo sonríes.

Mejor es esperar en la ceguera,  
En la fiebre callada del deseo,  
En el rigor total de la pobreza,  
En el estambre oscuro de la nada.

---

## JOAQUÍN COPEIRO

### EL BLUES DE LA GLOBALIZACIÓN

*A Diego, saxofonista*

Te vi pegado al saxo,  
te vi y pensé  
que en esta aldea global  
es Lucifer  
quien rige con sus cuernos los motores del poder,  
a veces disfrazado  
de una mujer  
de rostro escarnecido,  
o de ciempiés,  
y en otras ocasiones, si los tiempos vienen bien,  
con una bata blanca  
bebe café,  
mastica un largo puro  
hecho con piel  
de algún pobre diablo, sea rumano o libanés,  
y expele gas metano,  
siempre en inglés,  
o lanza sobre el llanto  
de la niñez  
las piedras de su panza, alimentada mes a mes

desde las catedrales,  
pero también  
desde los rascacielos,  
pero también  
desde las cajas fuertes de los amos del papel,  
y te escuché  
y te escuché  
y te escuché.

Tomando unas cervezas o tomando unos cafés,  
oí la melodía de tu saxo hecha de miel,  
que robaste a los dioses en un rojo anochecer,  
mientras ellos, traidores, descuidaban otra vez  
su divina atención sobre las fuentes de la fe,  
y la enorme montaña de basura y negra pez  
sin piedad, a la rosa sepultaba, y al clavel  
-ojos, labios, oídos, corazones, manos, pies-,  
y nada era posible, ya no había nada que hacer.

Si no canta tu saxo  
alguna vez,  
si ya su brillo amable  
no vuelvo a ver,

que apaguen, que nos vamos, del derecho o del revés,  
a por el mar, amigo,  
si puede ser,  
a por un bosque pleno  
de flor y mies,  
donde dormir tranquilo  
con dos o tres amigos  
al fondo de una cueva,  
del último que cierra,  
del último que cierra,  
del último que cierra...

Tu saxo suena bien,  
penetra en mis entrañas endulzándome la hiel;  
mis venas vibran,  
mis músculos se agitan  
y sólo quiero oír tus melodías, Diego...,  
tus melodías...

## CUATRO RELATOS SOBRE EL AMOR

### EL AMOR Y LA LITERATURA

Como se querían mucho, gozaban leyendo las mismas historias de amor. Una de ellas trataba de un hombre y una mujer que se amaban sin medida y a los que, como a ellos, les gustaba compartir sus lecturas; pero leían tanto, que descuidaban el tiempo de amarse, y dejaron de hacerlo.

Hoy hace casi veinte años que no viven juntos.

### EL AMOR Y LAS CLASES SOCIALES

La dama del Mercedes, con el *cleenex* que su amante de un día le había vendido en el semáforo, se enjugó las lágrimas cuando lo vio alejarse al amanecer, otra vez vestido de pedigüeño, camino de la estación.

### EL AMOR Y LA CARRETERA

Al escuchar por la radio aquellos gritos, las ganas

de llorar lo enternecieron hasta el punto de necesitar amar allí mismo a su compañera, que ahora conducía el vehículo. Él intentó besarla en la boca cuando llegaban a la curva.

Los dos tenían la misma edad.

### EL AMOR Y EL EJERCICIO FÍSICO

Todos los días, ella se echaba a la calle a las ocho menos cuarto de la mañana para tonificarse con sesenta minutos de marcha; él salía a la misma hora diariamente y con similar afán. Ambos se cruzaban siempre en la puerta del parque.

Un día, ella giró sobre sí misma ciento ochenta grados en el punto de cruce y las fragancias de la tierra conmovieron sus miradas.

Al año, los dos se divorciaron. A los dos años, se casaron, él con ella y ella con él. A los treinta, la leucemia se los llevó abrazados en un banco bajo la sombra de unos plátanos.



Para tocar con la mano las copas de los álamos.  
Quiero estar triste esta tarde.  
Mi corazón es el lugar donde los peces se ahogan.  
-Lo que miro es lo que vivo-  
Cantad conmigo para que nos oigan.

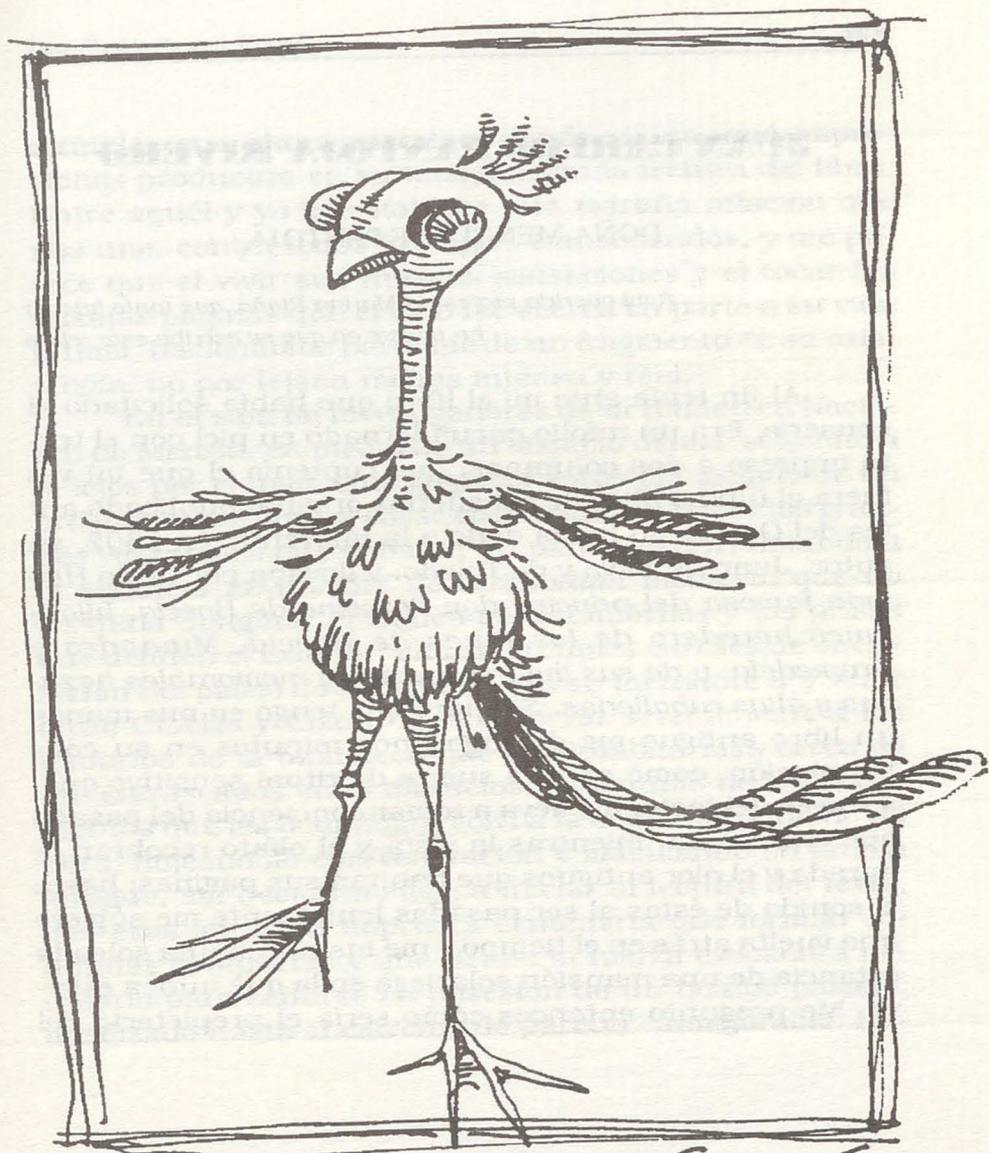
*Del libro TRAVESÍA. Premio Ciudad de Toledo de poesía.  
1999 de próxima aparición*



**AMPARO RUIZ LUJÁN**

La muerte me la fumo esta tarde contigo  
destruyendo proyectos para ser inmortales.  
Esta tarde son cuatro mis amores malditos  
bajo un cielo absurdo donde el hombre es nadie.  
Esta tarde la vida es un pretexto inútil  
para desenmascarar dioses junto a las autopistas  
en hoteles de tercera donde maullan los gatos.  
La muerte me la fumo esta tarde  
cuando la gente ríe en las plazas de toros  
purificando el desvelo de mis muslos esclavos.  
    Navegando en los mitos  
    lanzo la escandalosa inocencia  
al mar de Formentera o al de Alejandría.  
    Adicta y fronteriza  
la tarde va eclipsando la realidad aparente  
donde naufraga la historia.  
    Tú profanas el recinto sagrado  
    y yo fumo la muerte  
mientras releemos el amor muy despacio

23-8-2000



García

## JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

### DOÑA MENCÍA DE PANTOJA

*A mi querida profesora Marina Riaño, que tanto interés  
ha puesto en que se escriba este relato*

Al fin tenía ante mí el libro que había solicitado al conserje. Era un infolio encuadernado en piel con el texto impreso a dos columnas, que contenía el que tal vez fuera el último libro de caballerías original publicado antes del *Quijote*; lo había dado a la imprenta, en 1602, su autor, Juan de Silva y de Toledo, y llevaba por título *Historia famosa del príncipe don Policisne de Boecia, hijo y único heredero de los reyes de Boecia, Minandro y Grumedela, y de sus ilustres hechos y memorables hazañas y altas caballerías*. Siempre que tengo en mis manos un libro antiguo me detengo unos minutos en su contemplación, como en una suerte de ritual sensitivo que, a través del tacto, me lleva a tomar conciencia del pasado que representa, mientras la vista y el olfato recobran la mirada y el olor antiguos que habitan sus páginas; hasta el sonido de éstas al ser pasadas lentamente me sugiere una vuelta atrás en el tiempo y me instala en una soleada estancia de una mansión solariega en la que nunca estuve. Me pregunto entonces cómo sería el propietario del

ejemplar que ahora examino, dónde viviría, qué impresiones produciría en su imaginación la lectura del libro. Entre aquél y yo se establece una extraña relación que nos une, contra todos los siglos transcurridos, y me parece que el vivir sus mismas sensaciones y el tocar las mismas páginas que él tocó me acerca en parte a su vida íntima, haciéndome partícipe de un fragmento de su existencia, no por lejana menos intensa y real.

En la sala de investigadores de la Biblioteca Nacional de Madrid, en medio de un silencio denso, sólo roto a lo lejos por el insistente golpeteo sordo del teclado de un ordenador portátil, el sol se colaba luminoso por los grandes ventanales que daban a un patio interior, dotando a la estancia de un aire de *scriptorium* medieval que no permitía imaginar el tráfico de automóviles y las prisas que definen el exterior, en los múltiples carriles de circulación del paseo de Recoletos, con su incesante ir y venir entre Cibeles y Colón. Tras observar serenamente a los usuarios de la biblioteca que se situaban más cerca de mí, enfrascados en el minucioso escrutinio de los documentos que les ocupaban, volví a la contemplación de mi libro, hojeándolo con veneración y asimilando su aroma antiguo, sin decidirme aún a iniciar la lectura del texto, con esas letras de imprenta centenaria que forman columnas compactas y que tienen la fuerza evocadora necesaria para sentirse en posesión de un tiempo pasado, idealizado hasta el extremo de parecer inmejorable. Ha-

cia la mitad del volumen llamó mi atención un papel doblado que parecía llevar mucho tiempo entre las páginas del libro, a juzgar por la perfección de los pliegues y por el color amarillento que tenía. Lo cogí nervioso, imaginando que contendría las apreciaciones de algún lector anterior sobre la novela de Juan de Silva, pero sin dejar de desear que encerrase las palabras ardientes de un enamorado caballero, dirigidas a su ausente amada desde un impreciso lugar de Flandes o de las Indias. Los dobleces eran tan antiguos que me costó unos segundos encontrar la parte por la que se desplegaba el papel que, una vez desdoblado por completo, resultó tener tamaño de cuartilla. La letra, indudablemente, era del siglo XVII; lo aseguraban los rasgos característicos de su caligrafía y el acelerado latir de mi corazón que parecía presentar la magia del hallazgo. Leí el texto atropelladamente, saltando de una línea a otra, emocionado ante la certeza de tener ante mí las palabras del más lejano propietario del ejemplar:

*Si vos, don Carlos, no ponéis un remedio rápido a mi encierro, es seguro que moriré de pena y de amor entre estos muros en los que me tienen prisionera los desvelos de mi riguroso padre que, como sabéis, me tiene aparejado casamiento con don Alonso, a quien odio desde mi infancia y en cuyos brazos de anciano me veré irremediabilmente si*

*si vos, don Carlos, no me sacáis de la casa de mi familia, convertida hoy en cárcel lastimosa.*

*Esperando vuestra ayuda y vuestro amor se despide, deshecha en llanto, vuestra rendida enamorada,*

*Doña Mencía de Pantoja.*

*En Toledo, a diecisiete días del mes de enero de 1603.*

Me detuve tras la lectura, ensimismado y gozoso, meditando sobre el contenido del billete, tan parecido a la trama de tantas y tantas novelas cortas del siglo XVII, y me pregunté por los límites estrechos que apenas separan la realidad de la ficción literaria: aquella mujer, doña Mencía de Pantoja (con mi mismo apellido para redundar más en la confusión), había escrito a su amado una carta desesperada en los mismos términos que lo hubiera hecho la protagonista de un relato que tal vez ella misma había leído, intercalado en el asunto de una novela de pastores o de caballeros. Además, yo, casi cuatrocientos años después, había recuperado su mensaje entre las páginas de un viejo libro de caballerías, olvidado desde el momento mismo de su publicación, y (por abundar en la inestabilidad de la separación entre la vida y la literatura) presentía que la casualidad de que el interpeado se llamara Carlos, como yo, encerraba una maravilla que, sin duda, estaba llamado a desvelar.

Mis ocupaciones me mantenían alejado de Toledo, donde siempre me prometía a mí mismo volver, al menos un fin de semana, para recordar la vida anterior, aquélla que se formó entre sus callejas laberínticas. Sin embargo, la cercanía de Madrid postergaba continuamente ese reencuentro; ya habría tiempo de acercarse cualquier día. La lectura de la nota desesperada de doña Mencía, en el silencio monacal de la sala de investigadores, acrecentó de pronto mi deseo de viajar a Toledo; algo me decía que tenía que encontrar la vieja casa de los Pantoja y sentir de cerca la prisión antigua de la dama, su desolación en la estancia austera que le sirvió de cárcel. Devolví el libro con las aventuras de Policisne de Boecia, dejando para mejor ocasión el comienzo de mi trabajo sobre él, no sin antes guardarme en la carpeta el billete de doña Mencía, aprovechando que nadie se ocupaba de mirarme. Cuando llegué a la calle fue como si cambiara de época, como si lo que había sucedido en el interior de la biblioteca fuera irreal, soñado, hasta el punto de que tuve que mirar en mi carpeta el papel doblado para cerciorarme de que, en efecto, no eran mentira mis ilusiones. Los automóviles pasaban ruidosos y veloces por el paseo de Recoletos, y el sol era tan intenso que me forzaba a entornar los ojos. Por la acera las gentes caminaban con indiferencia, ocupadas en sus problemas y apresuradas como si tuvieran una cita importante pocos minutos después. Sumergido en el traqué de la gran ciudad, des-

centí hacia Cibeles, perdido en medio de la confusión de mi siglo, tan lejos del mundo de doña Mencía que resultaba casi imposible imaginarlo.

El viernes, dos días después del hallazgo de la nota, salí de Madrid nada más comer, antes de las tres de la tarde, y comencé mi viaje al pasado volviendo a Toledo con una finalidad tan inconsistente como atractiva: buscar la huella de la misteriosa doña Mencía de Pantoja, intentar descubrir qué ocurrió tras la redacción de la carta que yo encontré en las páginas del *Polícisne de Boecia*. Hacía más de un año desde mi última visita a la ciudad y me produjo una fuerte impresión ver el abandono en el que se encontraba, la cantidad innumerable de casas que se vendían o que, sencillamente, estaban deshabitadas y amenazando ruina. Me llamó la atención la abundancia de tiendas de damasquinos, de cara al turismo, que parecía el único baluarte en pie en medio de la decadencia urbana de la vieja ciudad sin habitantes. Paseé incansable, impregnándome de recuerdos en cada rincón, comparando mentalmente el estado actual de calles y comercios con la imagen que yo guardaba de los años de mi adolescencia y, finalmente, me dirigí hacia el Alcázar, con ánimo de visitar la nueva biblioteca de la que tanto me había hablado Agustín. Subí a pie hasta lo alto del torreón, deteniéndome en cada rellano, saboreando el placer de tomar el histórico edificio, de adentrarme en sus interioridades hasta ahora desconocidas para mí. Tenía

la intención de consultar los fondos bibliográficos de la biblioteca, en busca de referencias de antiguas casas nobiliarias e incluso de indagar, hasta donde fuera posible, en los orígenes de mi apellido, que tanto me unía con la cautiva joven de la carta. Me indicaron el torreón en el que se situaba la sección llamada de Castilla-La Mancha, donde sin duda hallaría los libros necesarios para mi investigación, y allí tuve la suerte de encontrarme con un amabilísimo bibliotecario, un tipo un tanto calvo, con barba de profeta y gafas de sabio despistado, que llevaba puesta una camiseta descolorida que le daba un aire de hippy. Con una diligencia fuera de lo común, no se separó de mí hasta que no me vio sobradamente pertrechado con el material bibliográfico necesario para mi trabajo. Me dijo que se llamaba Gonzalo y que no dudara en consultarle cualquier problema; de pasada añadió que tenía un amigo que también se apellidaba Pantoja, que habían estudiado juntos en la Complutense. Este último detalle volvió a sugerirme la importancia de la casualidad, y la fragilidad de los límites entre lo real y lo literario.

De mis lecturas apresuradas saqué varias conclusiones, entre ellas que las más importantes casas de la familia Pantoja fueron cedidas por sus propietarios a la Inquisición, en fecha anterior a la de la redacción del billete de doña Mencía y que, en efecto, hubo en Toledo varias familias nobles con ese apellido durante los siglos XVI y XVII. La constancia de estos hechos chocaba con la

dificultad de ubicar con exactitud la mansión en la que estuvo encerrada la doncella, abocada al matrimonio con el tal don Alonso. Presentí que no sería nada fácil dar con la casa y, en cierto modo, me desanimé. Frente a mi mesa, la puerta de la sala comunicaba con una dependencia en la que se hacía préstamo de discos y películas de vídeo, y que mostraba un incesante trasiego de gentes. Volví la mirada al montón de libros que me facilitó el bibliotecario amable y vi que uno de ellos aún no lo había consultado. Su título me pareció ajeno a mi búsqueda, pero pensé que ya que estaba allí no estaría de sobra echarle un vistazo. Se llamaba *Las parroquias de Toledo*, y su autor, Rafael Ramírez de Arellano. Comprobé que era una edición facsímil de un original de 1921, muy cuidada y relativamente reciente: mi continua dedicación a los libros me impide pasar por alto este tipo de detalles, absolutamente ajenos al desarrollo de la historia que me propongo narrar. Hojeé el libro con cierta desgana, desanimado por lo infructuoso de mis indagaciones, pero un nombre saltó ante mis ojos, como si se independizara del resto de palabras que había en su página: Pedro Pantoja. Detuve el paso de las hojas bruscamente, temiendo perder el lugar exacto en el que se citaba el nombre y, con avidez, leí lo que sigue: «Examinando las cuentas de fábrica, hallamos que en 1606 hacen un púlpito nuevo por haber quitado el viejo, para acomodar en el lugar de su emplazamiento el altar de la capilla de Pedro Pantoja,

del que volveremos a hablar». En la página anterior leí el nombre de la parroquia en la que se situaba la citada capilla: San Bartolomé de Sansoles. Aunque estaba seguro de que la iglesia llevaba cerrada muchos años, decidí acercarme, con la esperanza de encontrar a alguien que me facilitara el acceso a su interior. No había en las palabras del libro de Ramírez de Arellano la más mínima alusión a una posible casa familiar, pero la mención del apellido y de un año tan cercano al de la carta de la enigmática dama me hicieron presentir que tal vez en esta iglesia sin culto, o en sus cercanías, hallaría alguna clave. Sin duda ese Pedro Pantoja que mandó construir una capilla para su enterramiento debió de vivir en la colación de San Bartolomé, y esa certeza fue suficiente para que pusiera en práctica mis pensamientos. Me despedí de Gonzalo, el bibliotecario, quien se alegró de que hubiera encontrado un cabo al que agarrarme y me deseó suerte.

En la calle aún era de día, aunque el sol había comenzado su descenso en el Poniente. A pesar de los años madrileños, yo tenía intacto el dibujo de las calles y plazas de Toledo, por lo que no me resultó complicado escoger el camino más corto hacia San Bartolomé. Olía intensamente a primavera y el aire parecía limpísimo; en el cielo, un color anaranjado desdibujaba el azul puro de la tarde y parecía quemar, con los rescoldos del sol, los edificios y los campos al otro lado del río, bajo el cas-

tillo de San Servando, que se veía cercano desde la colina del Alcázar. Después, las calles descendían en dirección a la plaza del Ayuntamiento, por el empedrado infame y viejo del Horno de los Bizcochos, donde todavía se pegaba algo de sol en lo alto de los muros traseros del Casino. Por el laberinto, las gentes caminaban cansinas, cuesta arriba, en dirección opuesta a la mía. Cuando alcancé la plaza del Ayuntamiento, me detuve ante la torre de la Catedral y recordé mis subidas infantiles al campanario, la vida que se medía por el toque de los cuartos del reloj del templo. Seguí luego mi camino por la calle de Santa Isabel, detrás de una chica joven que andaba deprisa, como si le fuera imposible llegar ya a algún lugar importante. Me fijé irremediabilmente en las formas redondeadas que ceñían sus pantalones vaqueros, y no tuve la suerte de que se desviara por el arco macizo de la travesía de Santa Isabel, que marcaba los íntimos recovecos de mi viaje callejero. Al final, me encontré con el ábside de San Bartolomé, en el arranque de la cuesta a la que da nombre la iglesia. Una mujer que pasó a mi lado me recordó poderosamente a mi profesora de francés del colegio, tanto que estuve a punto de saludarla. Ella me miró de soslayo, pero con curiosidad, y luego desvió la mirada hacia una casa que había enfrente, recientemente restaurada pero con un aire de mansión señorial que me atrajo de inmediato. La mujer que se parecía a mi profesora se perdió cuesta arriba no sin antes volver a mirar

la casa. Yo me acerqué y vi que junto a la puerta había un pequeño rótulo de metacrilato en el que leí: «Palacio de los señores de Pantoja y Angulo». El corazón comenzó a latirme más deprisa, ya que tenía la certeza de que me encontraba ante la casa de doña Mencía; así me lo confirmaban todas las casualidades de la tarde intensa que estaba viviendo. Reparé en el momento final, en la mujer que me recordó a mi profesora de francés, en sus miradas alternas a la casa y a mí mismo: era como si adivinara mis intenciones; había una extraña conexión entre ella y yo, del mismo modo que la había entre el infolio con las hazañas caballerescas de *Policisne de Boecia*, el billete de la dama prisionera y el azar de una mañana soleada en la Sala de Investigadores de la Biblioteca Nacional. Resultaba llamativa la coincidencia de mi apellido con el de doña Mencía y con el del amigo del bibliotecario con pinta de hippy, y tenía algo de mágico el encuentro fortuito con el nombre del caballero don Pedro Pantoja en el albur de una mirada somera al libro de Ramírez de Arellano. Nada parecía real, ni siquiera lo que en principio resultaba indiscutiblemente cierto, como mi presencia misma ante la casa de los Pantoja y Angulo, junto al ábside de la vieja iglesia de San Bartolomé. Recordé entonces al propietario del *Policisne de Boecia* que examiné en la Nacional, un tal don Carlos que, sin saber por qué, olvidó el billete desesperado de doña Mencía en una página del libro que estaba leyendo, en un día impreciso

del comienzo de 1603. Sospeché que algo imprevisible impidió que don Carlos acudiera a liberar a su amada o que, incluso, se hubiera terminado casando con ella, pues la nota del libro no indicaba ninguno de los extremos que mi mente componía y descomponía: tan posible era que don Carlos salvara a doña Mencía como que ésta se resignara a la boda de conveniencias que le tenía reservada su padre. Y lo peor era que yo no podría, seguramente, saber nunca lo que llegó a suceder. Sin mucha fe, pero pletórico de emoción, atravesé la puerta de la casa, curiosamente abierta a pesar del portero automático que tenía en uno de sus dinteles. El amplio portal sombrío y el patio que se abría tras unos pocos escalones me colocaron de pronto en el umbral imperceptible que separa la literatura de la vida, y supe que, en esa confusión sublime, tal vez fuera posible encontrar a doña Mencía de Pantoja.

En el patio se respiraba una atmósfera extraña que se hacía más densa con la escasa luz que le quedaba ya al día y que intensificaba las sombras y la penumbra de las zonas más ocultas. Subí por una escalera lateral, adivinando casi los escalones y sin soltar la barandilla, hasta que me encontré ante una puerta entornada, la única accesible, pues miré a lo largo del corredor y observé que el resto de las puertas estaban pesadamente cerradas. Entré medroso en la estancia; dentro olía a madera y a cera, como en un museo o en la sacristía de una

iglesia antigua. Sobre una mesa grande, de escritorio, un viejo velón de bronce emitía la escasa luz que iluminaba la habitación, ya que la ventana estaba cerrada, con las contraventanas echadas. Junto al velón había un libro abierto, grande, de tamaño folio, y frente a la mesa una librería de madera con volúmenes antiguos: todo hacía pensar en que la barrera del tiempo había sido traspasada, como si me hubiera metido en una de esas máquinas de las novelas de ciencia-ficción y hubiera aparecido, de pronto, en los albores del siglo XVII; al menos eso me parecía a mí. Me acerqué a la mesa y miré el infolio que había en ella; el encabezamiento de sus páginas me dejó paralizado: «Historia del príncipe Don Policisne de Boecia»; a la derecha, el folio estaba marcado con el número cuarenta y cuatro y en él comenzaba el capítulo veintinueve de la novela de Juan de Silva. Apresuradamente busqué en mi cartera el billete de doña Mencía, en el que había anotado con lápiz, por pura manía de investigador, la página en la que se hallaba en el ejemplar de la Biblioteca Nacional: no me sorprendí cuando comprobé que era la misma, pues ya tenía asumido que me encontraba dentro de una ficción extraña, con visos de realidad. Me senté, un tanto confuso, en el sillón de estilo castellano que había ante la mesa, con la mirada hundida en las columnas compactas del texto, y entonces sentí que se abría una puerta que daba a una estancia interior y en la que yo no había reparado, tal

vez, por la oscuridad del lugar. Levanté la vista y vi entrar en la biblioteca a una dama que vestía un verdugado de tonos claros y llevaba el pelo suelto, cayendo en dorados bucles sobre sus hombros; su rostro era de rosa y de azucena, como en el soneto de Garcilaso, y su mirada, clara y sosegada. Sin duda era doña Mencía de Pantoja, aunque parezca imposible creerlo; así lo confirmó nuestro diálogo:

-¿Doña Mencía? -pregunté dubitativo

-Yo soy, don Carlos. Sabía que no era verdad que habíais muerto como quiso hacerme creer mi padre. Era una forma de hacerme conseguir sus intereses y de casarme con el viejo.

De pronto no sólo estaba en otra época, sino que, además, me había convertido en el caballero antiguo que no pudo contraer matrimonio con la doncella cautiva. Sin embargo, yo era consciente de que los hechos que estaban sucediendo eran más obra de alguna maravilla que de la cotidianidad del año 2000. La mujer siguió hablando.

-No sé cuánto llevo esperando vuestra llegada, pero tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido hace mucho, tanto como lleva abierto ese *Policisne de Boecia* por el folio cuarenta y cuatro, el mismo en que me dijeron que estaba vuestro ejemplar cuando os hallaron muerto a la puerta de vuestra casa. Varias veces he intentado seguir la lectura, pero me era imposible, como si una

fuerza sobrenatural me impidiera modificar los designios del destino. Así han transcurrido muchos años, estoy segura, en la indolencia de un tiempo que se movía fuera de estas estancias que son mi cárcel, pero que jamás se atrevía a entrar aquí, como respetando mi férrea voluntad de no casarme con don Alonso y de esperar vuestra llegada que yo tenía por segura, contra todos los agoreros que me hablaban de que habíais muerto. Habéis tardado mucho en venir, don Carlos, ¿cuánto tiempo?

No era fácil responder a esa pregunta, pero tenía la obligación de hacerlo; de alguna manera debía explicar mi presencia en aquella casa. Pensé que mi parecido con el don Carlos de doña Mencía debía de ser grande, hasta el extremo de disimular mis vestimentas actuales. Serenamente dije la verdad a la dama, que me miraba expectante e implorante.

-Han pasado trescientos noventa y siete años desde que escribisteis el billete pidiendo ayuda -me sorprendí tratándola de vos-. Seguramente el don Carlos que esperáis muriera como os dijeron; el tiempo ha corrido fuera de aquí, doña Mencía. Yo encontré vuestra nota en un *Policisne* que leía en una biblioteca de Madrid y pensé en venir a Toledo tras vuestra pista, aunque, si soy sincero, nunca pensé hallaros: son casi cuatrocientos años los que nos separan.

Los ojos azules de la joven se llenaron de lágrimas y su rostro expresó la más profunda soledad y tristeza

que jamás había visto en una mujer. Me dolió profundamente su pena y me levanté de la mesa para consolarla.

-No llores, Mencía -la tuteé a la manera actual-. Si tanto me parezco a tu caballero, puedes considerar que soy él. No entiendo qué sortilegio nos ha unido, pero está claro que no podemos evitar nuestro destino. Hoy se han terminado los días de tu prisión, ¿Nos vamos?

La mujer serenó un tanto su gesto y dejó ver una breve sonrisa que acompañó con un ligero asentimiento, al tiempo que me cogía la mano.

-Mi empeño en esperaros ha obtenido recompensa -dijo con timidez-. Salgamos a ese año 2000 que nos aguarda en la calle; ya me iré acostumbrando a él.

Después, fue a la mesa, cerró el *Policisne de Boecia*, apagó el velón con un ligero soplo y tiró de mí hacia el exterior de la biblioteca. Yo me resistí un momento para recoger el libro: era un ejemplar raro del último libro de caballerías anterior al *Quijote*, y no estaba dispuesto a dejarlo allí, cuatro siglos atrás. Fuera era ya de noche y las farolas eléctricas alumbraban la calle de San Bartolomé. Olía, otra vez, intensamente a primavera y el ambiente era cálido. Miré a doña Mencía y vi que sus ojos y su boca (¡tan bellos!) se mostraban alegres ante la vida recobrada: su mirada serena me hacía sentirme feliz. Una mujer se cruzó con nosotros, cuesta arriba, y me guiñó un ojo cómplice: era la que tanto se parecía a mi profesora de francés.

**ANA ISABEL  
RODRÍGUEZ ORTEGA**

NEGACIÓN

*«Con qué coraje, con qué aliento,  
con qué deseos y pasión  
emprendemos nuestra vida: ¡qué error!,  
y la vida tuvimos que cambiar»*

(Yorgos Seferis).

Suaviza el mar con sus alas blancas y espumosas  
las profundas huellas que nuestros pies descalzos,  
ayer,  
sobre la arena dejaron abandonadas.  
Con su vaivén dorado de sal y azul, lento,  
musitante,  
moldea los pequeños surcos imprimidos,  
difuntos, solitarios...

(En la quietud serena de tu alma desnuda  
busqué hoy mi vida,  
mas el latir precipitado de las límpidas aguas  
nuestras huellas ya había borrado).

Moribunda iba cayendo la tarde encendida y fogosa,  
como en un perfecto lienzo pintada,

y un adagio de cálidos colores se fue desplegando  
ante el tímido viento crepuscular.

¡Ay, cuántos sueños acariciaron nuestros ojos ciegos,  
mientras allí rozaban los divinos acordes del ocaso,  
muy juntos,  
bajo el impactante horizonte malva!

(En la quietud serena de tu alma desnuda  
busqué hoy mi vida,  
mas un hálito gélido, estremecedor, nos ocultó.  
La noche ya había llegado).

*Madrid, a 31 marzo de 2000*

### SISTE VIATOR

*«No pases de largo ante mi sepulcro, motivo de abundantes lágrimas, caminante: si  
conoces algún canto fúnebre, concédeme la gracia de tu lamento»*

(Epigrama funerario del s.III d.C. hallado en Hermópolis, Egipto)

Detente, viajero,  
y entre los corpóreos senderos  
que hoy cobijan mi alma,  
sé también tú  
partícipe de mi desdicha.

La Muerte  
sobrecogió mis miembros  
cuando la dorada juventud  
aún florecía en mi sangre.

Las Keres funestas,  
las de mirada vil y oscura,  
me arrancaron de la vida  
que mi pecho exaltaba.

Mas ahora privado  
estoy de todo amor.

Detente, viajero,  
y no mires luego hacia atrás.  
Continúa tu camino  
aunque tus pies estén cansados  
o el sol te quiera cegar  
con emblemática luz.

¡Goza del tiempo presente  
como antaño pude hacer yo!.

Pero detente,  
viajero.  
(Y que los dioses  
te acompañen  
en el camino...)

## VERSOS DE NUESTRO TIEMPO

por Manuel Quiroga Clérigo

**SOLO DE HIERRO.**

Autor: José Hierro.

Los Cuadernos de Sandua. Córdoba, 2000.62 págs.

Digamos que el poeta siente pasión, por la vida, por los afectos, por el mundo. Y esto lo lleva a sus versos. Así vemos cercano un universo de pasiones, de vivencias. Acercarnos a la obra de los poetas es penetrar en unos espacios. Por eso, dice José Lupiáñez, «en ese canto del poeta se resumen nuestras vidas y es como si el mensaje de todos lo arrojáramos, alojado en el cristal de su palabra, al océano de sus siglos. Su voz nos representa». Estas palabras pertenecen a un 'preliminar' de «Solo de Hierro», una mínima y preciosa antología de los poemas de José Hierro, que es el número 50, número redondo donde los haya, de «Los Cuadernos de Sandua», la colección poética que edita la Obra Social y Cultural Cajasur de Córdoba y que coordina Antonio Rodríguez Jiménez. Poco que añadir a la biografía de José Hierro. Este librito es

simplemente un nuevo deleite para quien ame ese universo lírico de la inspiración y de la salutación vital. *«Sé que el invierno está aquí, / detrás de esa puerta. Sé / que si ahora saliese fuera / lo hallaría todo muerto, / luchando por renacer»*, escribía Hierro en «Fe de vida» un poema de «Alegría» su libro de 1947, que fue Premio Adonais. *«Cazador, leñador, quemas las hojas / y hundes el hacha de oro en la madera»*: Son versos de «Con las piedras y con el viento...» (1950) y de «Quinta del 42», publicado en 1953, se nos regalan tres preciosos poemas. *«Si muero, que me pongan desnudo, / desnudo junto al mar»*. «Pensamiento de amor» apareció en «Cuanto sé de mí», 1958: *«Caíste / al pozo donde muere la alegría»*. Del «Libro de las alucinaciones» de 1964 tenemos varias muestras. *«Parezco un desterrado / que ha olvidado hasta el nombre de su patria, / su situación precisa, los caminos / que conducen a ella»*. «Cuaderno de Nueva York», libro de madurez publicado en 1998, tiene aquí una representación de siete poemas del que destacaríamos el soneto «Vida», intencionadamente repetitivo y también hábilmente descriptivo de una realidad tan fugaz como es la propia existencia: *«Qué más da que la nada fuera nada / si más nada será, después de todo /*

*después de tanto todo para nada*». A este florilegio de intenciones acompañan delicadas ilustraciones del propio José Hierro, con lo cual la antología es completa y fértil.

«MAÑANA VOLVERÁ, QUIZÁS, LA VIDA»

#### SILVA DE EXTRAVAGANCIAS

Autor: Antonio Porpetta.

Calambur, Madrid, 2000. 76 págs.

Con una importante obra publicada y, recientemente, galardonado con la «Llave de Oro de la Ciudad de Smederevo» en el XXX Otoño poético de aquella capital yugoslava bañada por el Danubio, Antonio Porpetta es un poeta reconocido allende nuestras fronteras. No sólo son interesantes los premios que jalonan su obra poética, sino su intensa labor de promoción de la literatura española en gran número de centros y universidades de todo el mundo. «Silva de extravagancias», este libro repleto de sentimiento, expresión y vitalidad, obtuvo el Premio de Poesía Ciudad de Valencia «Vicente Gaos» 1999 y, editado por Calambur en su preciosa colección lírica es, simplemente, un punto y seguido en el

trabajo diario de un poeta versátil, culto y extremadamente cuidadoso con la palabra y sus alrededores. No en vano Porpetta es Licenciado en Derecho y Doctor en Ciencias de la Información lo cual puede suponer conjugar la exactitud de las leyes con la amenidad del verbo. «Mañana *volverá, quizás, la vida, / a renacer pujante, feraz, iluminada / por aquel nuevo sol que todos esperamos, / y volverá el clamor, la risa, las palabras, / el bullicio vital, la generosa entrega / de una antigua alegría*», escribe en el centro del poema 27 de este poemario. Además transitan por estas páginas cuestiones como la ternura, la amargura, el viento de la vida y la oscuridad de la muerte, el mar de los sueños, el tiempo, la palabra, una brizna de amor... Es la biografía de siempre, el poeta ante su propia existencia, ante el universo inhóspito de la felicidad nunca presentida. Versos fluidos, musicales, libres, algo perversos a veces, bien contruidos, meditados, coherentes, hermosos: «*Revivir es, a veces, / volver a recordar. / (O encerrarse de nuevo en el olvido)*». Hay cierta profundidad en estas reflexiones, nada extravagantes, por cierto. Es como transitar por momentos de antiguas sensaciones, como iniciar un viaje a todos los futuros. Pedro J. de la Peña dice, en

un delicioso recuento de la poesía de Porpetta, que «*la búsqueda de lo sustancial, de lo decisivo, se impone aquí a la belleza*». Y belleza es transitar por este cúmulo de melodías, de historias para un perpetuo deambular por la esperanza. Sin embargo existen pocas concesiones a los dulces paisajes, Porpetta sigue retratando la existencia.

### COMO FLORES DE CEREZO

#### ESCENAS PRINCIPALES DE UN ACTOR SECUNDARIO

Autora: Irene Sánchez Carrón.

Rialp, Madrid, 2000

Existe a nuestro alrededor toda una pléyade de gentes sin importancia, de absolutos protagonistas de la nada. Nosotros mismos somos parte de ese ejército de nadies. Y sin embargo su función social a veces es importante. Tal vez porque gracias a ellos, a nosotros, existe el mundo de los vivos, la maquinaria de la historia, la tramoya de lo cotidiano. De algunas de estas personas se viene a ocupar una poeta de hoy, Irene Sánchez Carrón. Y ese es el motivo fundamental de su

libro «Escenas principales de un autor secundario», por el cual le fue concedido el Premio Adonais de Poesía 1999 que publica Ediciones Rialp. «*Recuerda/los lugares que sintieron tus pasos día tras día*», escribe la autora en uno de sus, generalmente, cortos poemas. Son los seres marginales, no desheredados, pero sí, a veces, abandonados a su propio infortunio. Sin embargo son primeros actores de su propia existencia, de su propio devenir social e histórico. Y gracias a tales protagonistas el mundo pervive. Así es como la autora de este poemario va ordenando emociones y vivencias, escenas de la vida y algunas insinuaciones de los deseos. Lo hace, con versos musicales, hondos, rítmicos, enérgicos. Son a veces breves latidos de la existencia, trozos imperdonables de un laberinto lírico en el que todo es posible: «*Me detengo/y se llena/de flores de cerezo la memoria./Sigo andando/y resbala/de los ojos al alma/su perfume*». Irene Sánchez crea los territorios para la comprensión, los escenarios para todas las posibilidades. Y lo hace desde la sencillez, desde algún anonimato pletórico de suficiencias y de afectos. Por sus versos transcurre todo un concierto de armónicos senderos, de afables moderaciones. «*He cogido su*

*mano/como quien coge un pájaro del suelo,/ pero su mano es/hoja que sin piedad arranca el viento./He buscado sus labios/para verter en ellos mi deseo,/pero sus labios son/rosa negra gastada por el tiempo./Me he mirado en sus ojos/para olvidar mi rostro del espejo,/ pero sus ojos son/lento telón que cae bajo mis dedos* («Imagen de la muerte»). Ya no hay actores secundarios, todos los actores asumen un importante papel, pues la existencia forma parte de un entramado feroz, a veces precioso y otras infernal, candente, tal vez camino de sumisiones pero siempre principal. Y ahí nace su respirar, el forzado disparate de su racionalidad y su armonía específicamente vital. Irene Sánchez sabe mover a su actor por un perímetro útil, o sea el mismo donde aún pueda reunirse la esperanza. «*Cómo viene a nosotros la paz algunos días,/ por qué cauces oscuros...*», se lee en la página 66 de este bello libro.

## COLECCIÓN «CUADERNOS DEL MEDITERRÁNEO»

Editorial EL TORO DE BARRO. Cuenca

Director- Carlos Morales

En nuestras manos, los cuatro primeros volúmenes de la colección **Cuadernos del Mediterráneo**, joven hija de **EL TORO DE BARRO**. **Carlos Morales**, director de la Editorial «asesorador» del trabajo de Carlos de la Rica, quien debió leerle las cartas del Tarot a Hermes Psicopompo durante el trayecto en mutua compañía- nos hace llegar la refinada elegancia de estos pliegos: **Islas**, de Mercedes Escolano, **El Mar**, de Carlos de la Rica, **Kamino de Tormento**, de Margalit Matitiahú, y **Un rostro en el jardín**, del propio Carlos Morales.

Para otra ocasión, el comentario de cada obra, aunque las referencias no pueden ser mejores según los autores seleccionados.

Sólo expresar, en este momento, el placer por recibir tales delicadas muestras. La confección de los pliegos, desde la elección del papel, el orden de los poemas, los aportes gráficos..., manifiestan un gusto sobrio y exquisito en su edición.

Hace algún tiempo, **Carlos Morales** nos favoreció con la óptima reanimación de los libros de **EL TORO DE BARRO**. Ahora vuelve a revelarnos su raro tesón en la creación de lo bello, insistencia que es, esencialmente, urdimbre de la poesía, inclinación hacia lo perdido, los márgenes, los vuelos de estos pájaros que despliegan sus alas en un aire hostil.

#### REVISTA TEXTURAS

Nuevas dimensiones del texto y de la imagen

Vitoria-Gasteiz

**Ángela Serna** nos envía desde Vitoria-Gasteiz la revista **TEXTURAS**, de la cual es directora. En la Redacción, nombres tan relevantes como Carlos Fuentes, Juan Goytisolo o Julia Otxoa.

Con una periodicidad anual y sin ningún tipo de subvención pública o privada, esta revista, ya en su número diez, mantiene un elevado nivel tanto en sus textos como en sus elementos gráficos. Comprobamos, así, la exquisitez en su confección, la acertada ausencia de secciones que, en palabras de su directora, «responde a su planteamiento inicial de no separar las distintas manifestaciones ar-

tísticas en compartimentos estancos».

En sus colaboraciones aparecen autores reconocidos junto a otros que ahora comienzan a publicar o aún no han tenido la oportunidad de hacerlo. Y las monografías presentadas en cada número (Apollinaire, Ionesco-Huidobro, Oteiza...) nos revelan trabajos rigurosos de acercamiento a los diferentes artistas.

**Nuevas dimensiones del texto y de la imagen**, subtítulo de **TEXTURAS**, resume la intencionalidad de la publicación: Entre una elaborada poesía visual, experimental -predominante en todos los números- o poemas en otras lenguas, textos poéticos de formato tradicional; junto a reproducciones de originales mecanografiados, o apuntes o cartas de los artistas que son asunto principal de los monográficos vemos fotos, pinturas, collages... componiendo una amalgama que, lejos de evidenciar el desorden, nos ofrece la atracción de lo diverso sutilmente equilibrado.

Felicitemos a **Ángela Serna** por este trabajo y envidiamos su resultado. La revista **HERMES** tiene mucho que aprender de **TEXTURAS**.





## ÍNDICE

Adelina Esteban-5; Rubén Sánchez López-8; Elisa Romero-13, 48; Manuel Quiroga Cfrigo-16, 127-Margalit Matitiahú-18; José Pivín-19; Jesús Pino-20, 58; Ángel del Valle Nieto-24; Julia Pontes-29; Jorge Berenguer Martín-31; María Antonia Ricas-35; Jesús Rubio-36; Eduardo García Agustín-42; Virginia A. Lobos-46; Paco Morata-62; Lola López Díaz-66; Ángela Serna-73; Álvaro Cortijo Pérez-80; M<sup>a</sup> Magdalena Castaños Fontirroig-83; Francisco del Puerto Almazán-85; Joaquín Copeiro-99; Miguel Ángel Curiel-104; Juan Carlos Pantoja Rivero-108; Ana Isabel Rodríguez Ortega-124;H4-133



Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**



